
CIENCIA
FICCIÓN
DEMONIOS
EN EL
ASTEROIDE
LOUIS
G. MILK

Louis G. Milk

DEMONIOS EN EL ASTEROIDE

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 33.385 – 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

— ¡Lote número dieciséis! — gritó el subastador—. Compuesto por un solo cuerpo celeste, el asteroide denominado oficialmente VVI-46, con una longitud total en su eje mayor de treinta y siete kilómetros y de dieciocho en su eje menor...

— ¡Bah! — dijo uno de los asistentes a la subasta—. Ese pedrusco no hay quien lo quiera ni regalado.

— No sé cómo se les ocurre perder tiempo con el VVI-46 — comentó otro.

— Hombre, será que la Comisión necesita dinero — declaró un tercero—. Como pasó aquel jaleo de los fondos que se perdieron y no se pudo justificar su pérdida...

El subastador gritó:

Datos orbitales del VVI-46: apogeo, ciento doce millones de kilómetros. Perigeo, veintidós. Distancia media al Sol, setenta y cuatro millones de kilómetros...

— Para achicharrarse, vamos —rió un curioso.

— Son ganas de perder el tiempo. El VVI-46 no va a merecer siquiera la oferta de una docena de créditos.

— Quizás haya algún chiflado... porque a esta clase de subastas, acude todo género de tipos...

— El tipo mínimo de licitación es de diez millones de créditos —anunció el subastador—. Caballeros, aguardo sus ofertas.

— ¡Diez millones! ¡Qué escándalo! Pero ¿qué se habrá creído esta gente de la Comisión Central?

— Con diez millones compro la mitad de la Luna, con toda la gente que hay allí.

— ¿Es que se han creído que el mundo está compuesto- por primos? — gritó uno, dirigiéndose al subastador.

Homer Bull, subastador profesional, estaba acostumbrado a peores invectivas. Sin inmutarse, dijo:

— Caballeros, la cifra de diez millones no es fija. Estoy autorizado para rebajarla en una cantidad prudencial.

— Sí, en una centésima de crédito —gritó un chusco.

— Caballeros, rebajo la cifra en un millón — anunció Bull—. Vamos, amigos, anímense. ¿Quién no compraría por tan módica cantidad un planetita para él solo? Se dice que hay agua, yo no lo he visto, claro, pero todo pudiera ser...

— Si fuese whisky — suspiró un devoto del alcohol.

— Con ese asteroide, la Comisión se cubrió de ridículo. No sé para qué lo remolcaron cuando la expedición del ochenta y dos. No sirve para nada y es pura piedra. En los otros que trajeron en aquella misma expedición se encontraron los minerales valiosos en abundancia. Recuerdo el FR-30, que era casi todo níquel puro...

— Bueno, pero es que ahora tienen que resarcir gastos.

— La venta del FR-30 cubrió gastos suficientes para traer cien asteroides más tan improductivos como el VVI-46 — dijo el enterado.

— Bueno, pues que lo dejen en su órbita y ya está.

— ¡La cifra queda rebajada a ocho millones! ¡Vamos, amigos —gritó Bull —, anímense! Son ocho milloncejos que cualquiera puede encontrar con sólo rascarse el bolsillo...

— El que compre ese asteroide es que está chiflado. Además, tiene muy mala fama.

— ¿Mala fama?

— Sí, hombre; el VVI-46 ya tuvo dueño. Dueños, mejor dicho. Lo compraron dos aventureros, Funk y González, quienes se gastaron sus ahorros en el asteroide, con la esperanza de encontrar algo que les compensara de la operación. Se fueron allí, un día su radio espacial dejó de sonar... y ya no se ha vuelto a saber ni una palabra más de ellos.

— Curioso, muy curioso.

— Por eso algunos le llaman el asteroide maldito. Se dice que Funk y González murieron y que, desde entonces, sus espectros vagan en torno al asteroide, impidiendo que nadie se acerque a él.

— Vaya, hombre, lo que faltaba, un asteroide con fantasmas.

— Eso lo hace más interesante, ¿no crees?

— ¡Amigos! —exclamó Bull—. La cifra se ha rebajado ya a seis millones. Anímense, chicos; cualquiera de los presentes gasta en regalos para su mujer más de lo que vale el asteroide.

— Sí que tiene la Comisión interés en deshacerse del VVI-46. Jamás hubiera creído que la rebaja alcanzase a tanto.

— A última hora, tendrán que dar dinero para que alguien se convierta en

dueño de ese maldito asteroide.

— Bull volvió a lanzar una nueva cifra.

— Cinco millones y ni un crédito menos —dijo—. Es vuestra última oportunidad, amigos. Si nadie lo compra, se enviará una expedición que lo remolcará hasta colocarlo en órbita de colisión solar. Cinco millones a la una... Cinco millones a las dos...

— ¡Doy los cinco millones! —anunció de súbito una voz fresca y juvenil.

* * *

Decenas de pares de ojos se volvieron en el acto hacia la autora de la proposición. Era una muchacha de unos veinte o veintiún años, alta, de curvas rotundas, ojos verdes y cabello leonado, que le pendía suelto, en largas ondas, hasta la cintura.

La chica vestía un brevísimo peto que cubría su busto, de curvas sólidas, y unos pantaloncitos ajustados, muy cortos, además de un par de botas de media caña, de tacón alto y piel blanda. La parte superior de su traje no llevaba espalda.

— Está bien, señorita — declaró Bull —. Cinco millones de créditos. A la una... a las dos...

— ¡Cinco millones doscientos mil! —ofreció de repente una voz masculina.

La sorpresa de los concurrentes fue enorme. Incluso la muchacha que quería comprar el asteroide volvió la cabeza, tras lanzar un vivo respingo.

Una mano se alzó entre las últimas filas.

— He dicho cinco doscientos —insistió el nuevo lidiador.

— Está bien, caballeros, esto se anima — dijo Bull, exultante de júbilo—. La cifra ha subido a cinco millones doscientos mil. ¿No hay quién dé más?

— Cinco trescientos — dijo la chica.

— Cien mil más — anunció el hombre.

Era un sujeto de mediana edad, cabellos ralos, barbita en punta, ya agrisada, y algo cargado de hombros. Los arcos superciliares, salientes, aunque no abundantes de pelo, cubrían un par de ojos de viva expresión y menudas pupilas negras.

— Cinco cuatrocientos —exclamó la joven del cabello leonado.

— Cinco millones y medio —anunció el hombre impertérrito.

— Interesante, interesante —calificó Bull—. ¿Señorita? — miró a la muchacha.

Joan Funkel se mordió los labios.

— Cinco seiscientos — dijo.

— Cinco setecientos — subió el hombre de la barbita gris.

— Ochocientos.

— ¡Seis millones!

Joan vaciló. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y movió la cabeza negativamente.

— Lo siento. Desisto —anunció con laconismo.

— Bull miró al otro licitador.

— ¿Caballero?

— He dicho antes seis millones — contestó el hombre, impasible.

— Seis millones a la una... Seis millones a las dos... ¡Seis millones a las tres! ¡El asteroide VVI-46 queda adjudicado al caballero! ¿Cómo ha dicho que se llamaba, señor? — preguntó Bull.

— No lo he dicho, pero se lo diré. Soy el doctor Hans Kolb.

— Es un placer conocerle, doctor Kolb. Si me facilita su domicilio, le enviaré los documentos de propiedad, debidamente protocolizados.

— Sí — accedió Kolb —, vivo en...

De pronto vio que la chica se dirigía hacia la salida a grandes zancadas. Agitó la mano y dijo:

— Aguarde un momento, por favor; vuelvo en seguida.

Kolb se dirigió hacia la salida con grandes prisas. Cuando llegó al exterior, vio que Joan se sentaba ya en su aeromóvil.

— ¡Señorita, por favor! —gritó.

Los ojos de la muchacha le contemplaron con expresión de reproche.

— Sí, doctor — contestó.

— He visto que tenía usted mucho interés en el asteroide. Yo también y querría proponerle una solución para su problema.

— ¿Cuál, doctor?

— Verá, pienso dedicarme allí a experimentos científicos... Necesitaría una colaboradora para tareas un poco delicadas...

— Joan hizo un gesto negativo.

— No cuente conmigo, doctor —replicó secamente—. De todas formas, muchas gracias. Buenos días.

— Es una lástima — suspiró Kolb, decepcionado.

— Ella dio el contacto. Agarró la palanca con mano firme y la empujó hacia delante. El aeromóvil se elevó en línea oblicua ascendente y se perdió de vista en seguida.

— ¡Lástima! —comentó Kolb—. Hubiera sido una excelente colaboradora.

Y volvió al interior de la sala de subastas, a fin de completar la operación.

Bull estaba subastando ahora unos muebles de época.

— Comedor georgiano, auténtico, siglo XXI, garantizado, bajo la oferta inicial de ciento veinte mil créditos...

Mientras Bull realizaba la operación de vender el comedor, Kolb llenaba un cheque por seis millones. Interiormente, estaba satisfecho.

Ya era propietario del asteroide. El sueño de toda su vida, se dijo.

A su lado, los dos curiosos de antes comentaban lo sucedido:

— Por fin ha caído un primo. El asteroide maldito tiene ya dueño.

— Con tal de que no lo echen los fantasmas de Funk v González…

CAPÍTULO II

La astronave «Leía VI», de las Plutter Spaceways, regresaba de uno de sus vuelos de rutina, transportando pasajeros y mercancías al último de los planetas del sistema solar, cuando, de pronto, el observador de radar descubrió una manchita en la pantalla.

— Capitán, venga inmediatamente — llamó a través del interfono.

El comandante de la nave, Luis Soares, acudió en el acto. Atraído por la curiosidad, su segundo, Peter Wong, hizo también acto de presencia en la cámara.

— ¿Qué le parece, comandante? —preguntó el observador.

Soares dudó un momento. Luego se volvió hacia su segundo.

— Peter, la carta de esta zona del espacio —pidió.

Wong se acercó a un gran pupitre lleno de teclas y pulsó unas cuantas. Sobre el pupitre había una gran pantalla, que se iluminó en el acto, con la proyección de la carta estelar.

Soares contempló la pantalla durante unos segundos con gran atención. Luego dijo:

— No hay duda, es el VVI-46.

— ¿El asteroide maldito?

— Sí, el mismo.

— Estamos muy cerca de él — observó Wong.

— Sí, porque se está acercando al perigeo. Dentro de cuatro semanas, aproximadamente, el VVI-46 se encontrará a veintidós millones de kilómetros de la Tierra.

— ¿Qué tiempo invierte en una órbita completa, comandante? — preguntó el observador.

— En cifras redondas, dieciocho meses.

— La estancia ahí no debe de resultar demasiado agradable en el punto de máxima elongación —opinó Wong.

— Eso creo yo también, pero, en fin, eso es cuenta de su propietario.

— Lo compró el doctor Kolb, ¿no?

— Sí, se dijo que se dedicaría a experimentos científicos, pero nadie ha

sabido jamás qué hace en realidad. Incluso hay algunos que dudan de que Kolb exista realmente.

— ¿Por qué, señor? —preguntó el observador de radar.

— Porque hace ya cuatro años que no se tienen noticias suyas.

— Mire, comandante — exclamó de pronto el segundo de a bordo—, ya podemos divisar el VVI-46 a simple vista.

Al fondo, en el espacio, se veía flotar un pedrusco alargado, negruzco, de superficie irregular y con grandes elevaciones y depresiones en todo su contorno.

— Comandante, ¿damos una vuelta alrededor del asteroide?

La sugerencia procedía del observador. Soares vaciló un instante.

— Peter, ¿vamos bien de tiempo? —inquirió.

— Podemos arriesgar sesenta minutos, Luis.

— De acuerdo. Prepara la maniobra. Orbitaremos a tres mil metros, distancia de seguridad.

— Conforme.

Minutos más tarde, la nave volaba suavemente sobre el asteroide. De súbito, los tres hombres divisaron algo que les llenó de estupefacción.

— ¡Asombroso! — dijo Soares.

— ¡Increíble! —exclamó Wong.

— ¿Vivirán ahí los fantasmas? — dijo el observador aprensivamente.

De súbito, una lámpara empezó a oscilar en el cuadro de mandos.

— La radio, comandante.

Soares dio el contacto.

— Aquí la nave «Leia VI», de las Plutter Spaceways, código EE-W-778. Adelante.

— Soy el doctor Kolb —brotó una voz por el altoparlante—. Están invadiendo mi espacio privado. Hagan el favor de marcharse inmediatamente o tendré que tomar medidas de defensa a que me autoriza la ley.

— Doctor, sólo queríamos...

Soares no pudo seguir adelante.

— Váyanse o no respondo de mí —exclamó Kolb en tono tajante—. Es mi última advertencia.

— Sí, doctor —se resignó Soares—. Ahora mismo nos vamos y...

¿Necesita usted algo? Nosotros podríamos llevar su mensaje y...

— Lo único que necesito es que me dejen solo. ¡Fuera de aquí!

* * *

— Y nos tuvimos que ir —dijo Soares, después de haber informado del suceso a su jefe, Dan Plutter, director y propietario de las Plutter Spaceways.

— Kolb tenía toda la razón —añadió el segundo de la «Leia VI».

Plutter asintió pensativamente. Era un hombre de unos treinta y seis años, bien parecido, pelo negro y ojos del mismo color.

— La ley dice que todo propietario legal de un cuerpo celeste tiene derecho a una esfera espacial, con centro en el eje de ese mismo cuerpo celeste y radio análogo a la distancia media de la Tierra a la Luna, es decir, unos trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros — recitó Plutter—. El propietario de un cuerpo celeste está obligado a permitir el paso de astronaves por su zona espacial jurisdiccional, pero no la detención, a no ser por causa mayor. Si esa detención no está justificada, el propietario puede defenderse como crea mejor, si no pudiera recibir el auxilio de las patrullas de espaciocontrol.

— Eso es lo que pensamos nosotros —dijo Soares—. Y también pensamos en que Kolb podría largarnos un torpedo lumínico. La cosa no hubiera tenido gracia, como puedes comprender. Dan. Plutter sonrió.

— Un torpedo lumínico no casa muy bien con el castillo medieval que visteis en el asteroide —dijo.

— No hay duda alguna, Dan —contestó Soares—. Tomamos fotografías y están ahí en tu mesa.

Los ojos de Plutter bajaron de nuevo a las fotografías que descansaban sobre su carpeta. Las imágenes eran de un realismo sorprendente.

— Sí, era un castillo en todo análogo a los que se construían en la Edad Media, con torres, almenas, barbacana, contrafuertes, murallas, patio de armas y,..

— ¡Rayos! —exclamó Plutter—. ¡Un foso! ¡Un foso con agua y puente levadizo para cruzarlo!

— ¿Agua? —barbotó Soares—. Eso es imposible. El asteroide es un pedrusco sin atmósfera...

El índice de Plutter se apoyó en la fotografía.

— ¿La has pintado tú, Luis?

— ¡No, diablos! —masculló Soares.

— Entonces, toma esta lupa y míralo con detenimiento. El foso está ahí, rodeando enteramente al castillo, y con el puente levadizo bajado.

Soares meneó la cabeza.

— Me siento anonadado —dijo—. ¿Para qué diablos quiere el doctor Kolb un castillo medieval en su asteroide? Resulta incomprensible, ¿no crees, Dan?

— Habría que dar cuenta a la Comisión —sugirió Wong.

Plutter hizo un gesto negativo.

— No — contestó —. El dueño de un asteroide tiene derecho a que se respete su intimidad. Puede levantar en el asteroide cualquier tipo de edificación...

— Pero ¿cómo construyó ese castillo? ¿Quién se lo hizo? — preguntó Soares, desconcertado.

— Eso no nos importa a nosotros —dijo Plutter—. Os voy a dar un consejo, muchachos. Olvidad este incidente. Kolb vive, pero quiere estar solo. Todas las leyes del espacio están a su favor, así que no hagáis nada, si no queréis veros en un serio compromiso.

— Dan —dijo Wong—, yo puedo dejar en paz a Kolb, pero nadie me impedirá que dé la noticia. Precisamente, tengo un hermano periodista y querría hacerle este favor para que progrese en su carrera.

Plutter se encogió de hombros.

— Sobre ese punto — contestó —, estás en libertad de hacer lo que gustes, Peter.

* * *

El DOCTOR KOLB ESTÁ VIVO
¿A qué clase de experimentos científicos
se dedica en el castillo medieval que se
ha construido en su asteroide?

¿Sueño de UN CHIFLADO O MANÍA DE GRANDEZAS?

* * *

Nota oficial:

La Comisión Central de Control y Vigilancia espacial advierte a todos los

interesados que el doctor Hans Kolb se halla en posesión legítima, sin restricción alguna, salvo las determinadas por las leyes, del asteroide denominado VVI-46. Por tanto, se recuerda que el doctor Kolb tiene pleno derecho a no ser molestado en su residencia del asteroide ya citado. Cualquier violación de las leyes al respecto será de plena responsabilidad del o de los contraventores.

*

* * *

Sonó el timbre del visófono. Dan Plutter alargó la mano y pulsó el interruptor de contacto.

— Señor, la señorita Funkel desea comunicarse con usted — le anunció la secretaria.

— ¿Funkel? Nunca he oído ese nombre. ¿Qué quiere, Mary?

— No lo ha dicho, señor. Sólo ha manifestado su interés por comunicarse personalmente con usted.

Plutter suspiró.

— Está bien, conecte, Mary.

La imagen cambió en la pantalla. El hermoso rostro de una joven de unos veinticinco años apareció ante Plutter.

— Soy Joan Funkel —dijo ella— Es un placer conocerle, señor Plutter.

— El placer es mío — aseguró Dan —. ¿En qué puedo servirle, señorita?

— Desearía tener una conversación reservada con usted. Es muy urgente por lo interesante. ¿Dónde podríamos encontrarnos?

— En mi despacho. Diré a mi secretaria que le fije hora...

— No —cortó Joan—. Ha de ser en un lugar más discreto. Repito que se trata de algo de verdadero interés. ¿Qué le parece el *Córdoba,* a las seis de la tarde?

Plutter masculló algo entre dientes.

— De acuerdo. A las seis, en el *Córdoba* accedió.

— Pregunte por Paco Jiménez —indicó Joan—. Gracias, señor Plutter.

La imagen de Joan se desvaneció. Dan se preguntó por qué diablos había aceptado acudir a la cita.

CAPÍTULO III

El *Córdoba* era un local sin pretensiones, pero limpio y decorado con gusto. Dan se acercó a la barra.

— ¿Paco Jiménez? —preguntó.

El barman le señaló a un colega que se hallaba en el extremo opuesto.

— Gracias — contestó Plutter.

Caminó en dirección al individuo y llegó a su lado.

— Soy Dan Plutter — se presentó.

Jiménez le contempló especulativamente.

— ¿Viene en busca de la señorita Funkel? —preguntó.

— En efecto. Ella me citó aquí.

— Quizás hubo un poco de error en la interpretación. Más bien dijo que usted debería estar aquí a las seis de la tarde.

— Tal vez, pero yo entendí...

— Ella no ha venido, señor Plutter.

Dan lanzó una exclamación.

— Soy un estúpido...

— No lo es. Ella le dijo que viniera aquí a las seis y preguntase por mí. ¿Lo ha hecho, no?

— Bueno, mirándolo así...

Jiménez sonrió socarronamente.

— No hay otra forma de mirarlo, señor Plutter. Vaya al número cuatrocientos diecisiete, Avenida 70.ª, departamento N-3. Allí la encontrará.

— Pero, maldita sea, ¿por qué no me lo dijo ella directamente?

— Es muy probable que se lo explique cuando llegue a su casa —contestó Jiménez—. Perdón, señor Plutter, me llama un cliente.

Dan abandonó el *Córdoba* entre furioso e intrigado. El extraño comportamiento de Joan Funkel llamaba poderosamente su atención.

Pero, al mismo tiempo, tenía la seguridad de que Joan no actuaba de un modo tan raro sin una grave razón. Esperaba conocerla cuando llegase a su casa, lo que ocurrió tres cuartos de hora más tarde.

Joan abrió apenas hubo tocado el timbre. Ella vestía una larga túnica amarilla, de mangas cortas, con grecas rojas y negras, que le confería un singular atractivo. El cabello, largo y brillante, lo llevaba suelto a la espalda.

— Gracias por haber venido, señor Plutter —dijo ella, apenas hubo cerrado la puerta —. Llegué a temer que cancelase la cita...

— No acostumbro a hacerlo, una vez que las concierto — respondió él—, Pero, dígame, ¿de qué se trata?

Joan le indicó un asiento. Él se sentó, mientras la muchacha preparaba dos copas.

— Señor Plutter —dijo, al entregarle una copa—, ¿ha oído hablar del VVI-46? Qué pregunta, ¿verdad? añadió con una risita —. Después de que recibió el informe de sus pilotos, no debería haber dicho una cosa semejante.

— Son tópicos de la conversación — manifestó Dan cortésmente —. ¿Qué pasa con el VVI-46, señorita Funkel?

— Lo compraron dos hombres, Hans Funk, mi padre, y Santiago González, su amigo y colaborador. Ambos murieron allí... o desaparecieron hace unos seis años, y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ellos.

— Conozco la historia. Tiene pocos años, pero va camino de convertirse en uno de los clásicos misterios de la astronáutica.

— Así es, en efecto — concordó la muchacha —. Yo podría haber reclamado el asteroide, como heredera.

— González no tenía herederos —, pero hombres más de ciencia que financieros, olvidaron un detalle muy importante.

— ¿Cuál, por favor?

— Pagar los impuestos.

— Y el asteroide, claro, revirtió al gobierno.

— Justamente.

Dan sonrió.

— He aquí algo que no ha cambiado en absoluto desde que los fenicios inventaron el dinero — comentó—. Los impuestos... Por eso sacaron el asteroide a subasta, creo recordar.

— Así es —confirmó Joan—. Yo traté de comprarlo, pero no me alcanzaba el dinero. Hubo otro que pudo elevar la puja... y se llevó el asteroide.

— Un tal doctor Kolb, me parece.

— Sí, exactamente.

— Bien, pero ¿por qué me dice usted todo esto, señorita Funkel? — preguntó Dan, sumamente perplejo.

— Yo quería comprar el asteroide para ir allí e investigar a fondo las muertes de mi padre y de su amigo. La acción de Kolb me lo impidió.

— ¿Por qué no se puso de acuerdo con él?

— ¿Cree que no lo intentó él? —Joan sonrió amargamente—. Pero yo me negué rotundamente. Considero mío ese asteroide.

— ¿Y...?

— Ahora deseo alquilarle una nave para que me lleve a las inmediaciones del VV-I46. Mi situación económica ha cambiado favorablemente y puedo permitirme el dispendio que significa fletar una astronave hasta la órbita de aquel asteroide.

Dan frunció el ceño.

— Señorita Funkel, usted, sin duda, no ignora la ley de jurisdicción de zona espacial. El doctor Kolb posee derecho sobre el espacio que rodea a su asteroide en un radio de trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros. Yo puedo cruzar ese espacio, pero no detenerme ni mucho menos desembarcar en su asteroide, sin su permiso.

— Lo sé. Por eso no le pido que me lleve allí, al VVI-46, sino a sus inmediaciones, pongamos unos... cuatrocientos veinte mil kilómetros. Del resto me encargo yo.

— ¿En una nave auxiliar?

— Justamente.

Dan meneó la cabeza.

— No me gusta cooperar en ilegalidades — dijo—. La Comisión podría retirarme la patente y tendría que malvender un buen negocio.

— Yo no le pido que coopere en ilegalidades. Lo único que digo es que me deje a la distancia señalada del VVI-46.

— Sí, pero la nave auxiliar sería mía y permitirle que se marchase, sin riesgo de catástrofe en la principal, va en contra de la ley.

— Puedo comprar una nave auxiliar...

— No. Todos los aparatos están matriculados a mi nombre, es decir, a nombre de las Spaceways Plutter. Lo que me pide usted, señorita, es sencillamente irrealizable. Al menos por mi parte.

Los ojos de Joan se llenaron de lágrimas.

— Creí que usted querría ayudarme...

— Dan se sintió incómodo.

— Me gustaría hacerlo, pero no a costa de quebrantar la ley —respondió —. Repito que lo siento, señorita. — Y se puso en pie.

— Siendo así — dijo ella—, se quedará usted sin saber cómo y por qué construyó el doctor el castillo medieval que hay en el asteroide, señor Plutter

* * *

Durante unos segundos, Dan miró de hito en hito a la muchacha.

— ¿Y por qué habría yo de querer saber una cosa semejante? —preguntó.

— Porque quizás allí se encuentre la clave de la desaparición de mi padre y de su amigo.

— ¡Vaya! —resopló él—. Me parece que hay una policía de control espacial...

— Mis demandas han sido desatendidas sistemáticamente. Tengo que obrar de esta manera o no sabré jamás la verdad de lo que les ocurrió a mi padre y a González.

— Usted me está poniendo en una situación incómoda — dijo él desazonadamente—. Yo querría ayudarla, pero esa ayuda quebrantaría la ley y ello me causaría graves perjuicios.

— Es posible, pero tal vez desenmascararía a un hombre que está quebrantando la ley desde que compró el asteroide.

Dan elevó las cejas. Joan sonrió amargamente.

— No, no estoy loca —dijo—. Es así, tal como le digo; y si no, ¿por qué cree que le he hecho venir adoptando tantas precauciones?

— Es verdad —exclamó Dan—. ¿Por qué lo ha hecho?

— He sufrido ya dos atentados. Hablando claramente, han tratado de eliminarme.

— ¿Asesinato?

— Sí.

— Pero la policía...

— No he podido presentar pruebas fehacientes de tales intentos de asesinato —declaró ella—. Pero se han producido y he tenido la suerte de salir ilesa.

— ¿Quién desea su muerte?

— Kolb, naturalmente.

— Pero ¿por qué?

— Está claro. No quiere que vaya al asteroide.

— ¿Acaso ha divulgado sus intenciones a los cuatro vientos?

— No, pero Kolb recibe noticias de la Tierra. Los noticiarios televisados, ¿comprende?

— ¿Y...?

— Se enteró de mi cambio de fortuna e inmediatamente dedujo lo que intentaría hacer. Por eso ordenó quitarme de en medio.

— ¿A quién?

Joan se encogió de hombros.

— También a mí me gustaría saberlo — respondió—. Pero le voy a hacer unas preguntas, señor Plutter.

— Sí, señorita Funkel.

— Usted ha visto las fotografías del castillo.

— Desde luego.

— ¿Se le ha ocurrido preguntarse cómo fue edificado?

— Hombre, me imagino que con planos, brigadas de obreros, maquinaria...

— ¿Qué materiales?

— La piedra del asteroide, desde luego. Hay máquinas cortadoras que elaboran los sillares en brevísimo tiempo. La gravedad es muy escasa y ello facilita los trabajos.

— Muy bien. Ahora, usted que puede hacerlo mucho mejor que yo, averigüe qué empresa tomó a su cargo la construcción del castillo, qué arquitecto trazó los planos y quiénes fueron los operarios que trabajaron allí.

— ¿Estima que debo hacerlo, señorita Funkel?

— Sí, señor Plutter. Averígüelo... y cuando lo sepa, vaya a ver a Paco de nuevo. Él le dirá dónde encontrarme..., porque hoy mismo me voy a mudar otra vez de domicilio.

CAPÍTULO IV

Transcurrieron ocho días.

Dan había olvidado ya el asunto, cuando, inesperadamente, recibió una llamada.

— Señor Plutter, soy Max Rowels.

— Hola, Max —saludó el joven—. ¿Qué me cuentas de nuevo?

Rowels era un detective privado a quien Dan había encomendado la investigación que Joan le había sugerido. Aquella llamada sin duda, era para informarle del resultado de sus pesquisas.

— El arquitecto se llama Simón Harkane y vive en el dos mil ciento veintinueve de la Décima Alineación, departamento R-7.

— ¿Algo más?

— Los operarios que construyeron el castillo, bajo la dirección de Harkane, trabajaban para la *Space-building Miller & Co.,* una empresa al parecer creada con ese solo objeto y que se disolvió apenas terminada la contrata. No he podido localizar hasta ahora a ningún capataz ni obrero. ¿Quiere que siga, señor Plutter?

— Los obreros no fueron allí a pie, Max. Averigua la empresa que los transportó y llámame cuando lo sepas. Mientras tanto, yo iré a visitar a Harkane. Ah, Max, pásame la minuta de tus honorarios cuando gustes.

— Descuide, señor Plutter.

Dan cerró la comunicación. Se mordió los labios.

¿De veras existía algún misterio en la muerte de Funk y González?

Un astronauta podía morir en el espacio de muchas maneras: de hambre, por radiación, por perforación de su traje... Sin duda la muerte de los dos amigos había tenido como causa un desgraciado accidente, pero accidente, al fin y al cabo.

¿Y los atentados que había sufrido Joan?

¿No serían producto de una imaginación demasiado exaltada?

Pegó un puñetazo en la mesa.

— De todas formas — masculló—, estoy metido en el jaleo y debo seguir adelante.

Se preguntó si lo hacía por los bellos ojos de Joan.

Aquel día decidió terminar su trabajo un poco antes de lo acostumbrado y así se lo anunció a su secretaria.

— Volveré más tarde para completar el estudio de ese informe. Aunque no duerma, mañana lo tendrá usted listo para expedirlo a su destino, Mary.

— Sí, señor Plutter.

El timbre del visófono sonó en aquel momento. Mary dio la tecla de contacto y, tras escuchar brevemente, dijo:

— Es para usted.

Dan se situó frente al objetivo. La cara de Rowels apareció inmediatamente en la pantalla.

— Señor Plutter —dijo el detective con una risita—, busque en sus propios archivos. Su compañía fue la que se encargó del transporte de los operarios y de la maquinaria al VVI-46.

— ¡Vaya! —resopló Dan—. Nunca me habría figurado... Gracias, Max.

Cortó la comunicación y se volvió hacia la secretaria.

— Mary, hace cuatro años transportamos obreros y maquinaria al asteroide VVI-46 por orden del doctor Kolb. Búsqueme la carpeta correspondiente a esa operación y déjela sobre mi mesa. La examinaré a mi regreso.

— Sí, señor.

Y acto seguido, Dan salió de sus oficinas, pues ya no quería demorar más la visita al arquitecto Harkane.

* * *

La puerta se abrió automáticamente tras la llamada de Dan y el subsiguiente anuncio de su identidad. Dan se encontró en el estudio de un artista, decorado de una forma que denotaba en el acto los singulares gustos de su habitante.

Harkane salió a recibirle a los pocos momentos, envuelto en una bata esponjosa.

— Dispénseme, señor Plutter — sonrió, a la vez que le tendía una mano —. Estaba en el baño...

— Lamento haber sido indiscreto, señor Harkane —se disculpó el joven.

— ¡Oh, no tiene importancia! ¿Le apetece algo de beber?

— Gracias, en este momento, no, señor Harkane.

El arquitecto se arrellanó en un sillón.

— Siéntese — invitó a su visitante —. ¿En qué puedo servirle?

Dan vaciló un instante.

— Quizá me tome por indiscreto, o algo peor —habló al cabo —, pero se trata de un asunto que, a fin de cuentas, me afecta un tanto.

— ¿Sí? ¿De qué se trata, señor Plutter?

— Usted trazó los planos del castillo del VVI-46.

Las facciones de Harkane adquirieron cierta rigidez en el acto.

— Es cierto — admitió.

— Yo... bueno, mi compañía hizo el traslado dé operarios y materiales a dicho asteroide.

— Lo ignoraba. Es un detalle del que no me preocupé en ese momento. Pero ¿acaso hemos cometido algún hecho delictivo?

— Por favor, señor arquitecto, no se me ocurriría sospechar de usted una cosa semejante. Quiero referirme, únicamente, al castillo del doctor Kolb.

— Sí. ¿Qué más?

— Señor Harkane, me gustaría que me explicase los motivos de la construcción de un edificio tan disparatado en un asteroide.

Sobrevino una pausa de silencio. Harkane se levantó de pronto.

— No tengo por qué contestar a su pregunta, señor Plutter —dijo al cabo —. Váyase.

— Pero...

— ¡Le he dicho que se vaya! —gritó Harkane estridentemente.

— ¿Se da cuenta de que hay quien puede hacerle estas preguntas de un modo legal y que usted no podrá negarse a contestarlas?

Harkane se puso rígido de repente. Abrió la boca, pero no dijo nada. Sus ojos parecieron congelarse súbitamente, fija la mirada en un punto indefinido.

Dan respingó.

— ¡Señor Harkane! —llamó.

El arquitecto no contestó. A Dan le extrañó sobremanera su inmovilidad, con la mano derecha a un palmo del costado, como si hubiera iniciado, sin completar, la acción de señalarle la puerta.

— ¡Señor Harkane!

La llamada, al igual que la otra vez, no surtió ningún efecto. Dan, muy intrigado, se acercó al arquitecto y le sacudió por el hombro.

— ¡Conteste, señor Harkane!

Entonces ocurrió algo inesperado, horripilante.

Harkane cayó de espaldas, rígido, como si fuera una estatua, pero al chocar contra el suelo, se deshizo en mil pedazos, con un ruido que recordaba el de la rotura de un gran jarrón de porcelana.

* * *

Dan sentía todavía unas fuertes náuseas cuando insertó la llave en la cerradura de la puerta de sus oficinas. Aún no se había borrado de su mente la terrible impresión que le había causado ver a Harkane romperse como una estatua de mármol lanzada desde gran altura.

Sentía necesidad de un trago. Dan no tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido. ¿Era Harkane un robot?

En todo caso, ¿por qué los fragmentos de su cuerpo eran de piedra pura, granito cristalino, puntualizando más, en lugar de metal?

Dan no entendía gran cosa de geología, aunque sí lo suficiente para identificar el granito resultante de la fragmentación del cuerpo del arquitecto. Era horrible... y tremendamente enigmático.

Empujó la puerta. De pronto, vio luz al fondo, hacia su despacho.

Dan pensó que la secretaria se habría quedado más tiempo de lo normal para despachar algún asunto pendiente. A veces, Mary lo hacía así.

Pero era ya muy tarde, las diez de la noche. Mary no solía quedarse tanto tiempo.

¿Algún otro empleado de la compañía?

Avanzó a grandes zancadas, pero de puntillas. Un sexto sentido le hizo tomar un mínimo de precauciones.

Abrió la puerta de su despacho. Había un hombre registrando los cajones.

Dan no le conocía, pero inmediatamente dedujo que el individuo no estaba allí para nada bueno.

— ¿Le ayudo? —preguntó cortésmente.

El sujeto se revolvió con gran velocidad, al mismo tiempo que sacaba una pistola eléctrica.

— ¡Quieto! —ordenó—. Si se mueve, disparo.

Dan se inmovilizó en el acto.

— ¿Es usted Plutter? —preguntó el intruso.

— Sí, así me llamo.

— Entonces, usted me indicará lo que estoy buscando.

— Si tiene la bondad de decirme de qué se trata...

— El rol de tripulantes y pasajeros del vuelo espacial 822-FT, 22 de febrero de 2376, de la astronave «Gyanea» —contestó el desconocido.

Dan se hizo en el acto su composición de lugar.

— Hoy estamos a catorce de marzo de 2380 — dijo.

— Justamente.

— Entonces sonrió el joven—, si me permite, le daré lo que está buscando. Tiene orden de destruir esos documentos, ¿verdad?

El intruso se sobresaltó.

— ¿Cómo lo sabe? — exclamó.

— Uso la cabeza, simplemente. ¿Me permite?

Dan se acercó a la mesa y tomó una carpeta, precisamente la que Mary, por su encargo, había dejado allí.

— Es ésta — declaró.

El intruso alargó la mano izquierda.

— Démela —exigió.

— ¡Un momento!

— ¿Qué diablos quiere ahora? — preguntó el otro —. ¿Es que no se da cuenta de que puedo electrocutarle con sólo apretar el gatillo?

— Me doy cuenta, en efecto — admitió Dan sosegadamente—, pero el trabajo que usted se va a tomar es una pérdida de tiempo.

— Deje que sea yo quien califique eso —rezongó el intruso —. La carpeta, pronto.

— Espere, hombre, déjeme que hable. Así podré explicarle por qué está perdiendo el tiempo.

El otro hizo un gesto de resignación.

— Si eso va a ser de su gusto — dijo con sorna.

— Será de disgusto para usted. Aunque destruya estos documentos, yo

puedo obtener una copia de los mismos en cualquier momento, con sólo pedirla a los archivos de la Comisión.

— ¿Cómo? —respingó el desconocido.

— Ya lo ha oído —contestó Dan sin inmutarse.

— Destruiremos también la carpeta existente en la Comisión...

— Ni lo sueñe, amiguito. ¿Cree que aquellos archivos son como los míos? Todos los documentos se pasan a microfilm primero y luego son registrados por la gran computadora de archivo, que almacena los datos recibidos y, al terminar, también esos microfilmes son destruidos. Hablando con sinceridad, ¿cree que puede destruir una máquina de la altura de siete pisos, la longitud de dos manzanas y un peso de varios miles de toneladas?

El desconocido se quedó con la boca abierta.

Dan aprovechó la ocasión para lanzarle la carpeta a la mano. La pistola escupió una destellante, pero inofensiva descarga eléctrica, que produjo en el suelo un círculo negro de dos palmos de diámetro.

Lo que Dan lanzó a continuación, antes de que el otro se recuperase, fue su puño derecho. El desconocido cayó y, al chocar contra el suelo, se rompió en infinidad de pedazos.

Dan se quedó pasmado. ¿Qué sucedía allí? ¿Por qué algunas personas, al morir, se convertían instantáneamente en granito cristalino y se rompían como simples objetos de frágil estructura?

El suelo estaba sembrado de aquellos fragmentos. Dan vaciló unos instantes, pero, al fin, recogió uno de ellos y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Después reflexionó unos minutos. ¿Debía dar cuenta a la policía de lo ocurrido?

Pero ¿le creerían?

¿Quién iba a dar crédito a una historia que calificarían salida de un cerebro en delirio?

La mejor solución era hacer desaparecer aquellos trozos de granito, que minutos antes habían sido el cuerpo de un ser humano.

CAPÍTULO V

La secretaria, al día siguiente, le pasó una llamada.

— El señor Jiménez — anunció.

— Pásela — indicó Dan en seguida.

La cara de Paco Jiménez apareció en la pantalla.

— Tengo noticias para usted —anunció.

— ¿Interesantes?

— Lo sabrá cuando venga a verme a las dos, en el *Córdoba.*

— Gracias, Paco.

Dan cortó la comunicación. Luego, con expresión pensativa, contempló la lista de nombres que tenía ante sí.

En realidad eran dos listas, una de tripulantes y otra de obreros. Le interesaba la segunda, encabezada por Jim Woodeck, capataz principal. En aquella lista figuraba también el domicilio de Woodeck.

Pero no tendría tiempo de efectuar la visita antes de ver a Paco. Woodeck vivía en un lugar muy apartado de la ciudad.

Cerca del mediodía, recibió una comunicación.

— Llama el doctor Gnostrom, señor — dijo Mary .

— ¿Paso la llamada?

— Sí, pásemela, por favor.

Instantes después, Dan tenía frente a sí la cara de un hombre de unos cuarenta años de edad, con gafas y claro aspecto de intelectual.

— ¿Dan?

— Hola, doctor — saludó el joven—, ¿Qué hay?

— Granito. Granito puro y simple. De muy buena calidad, preciso es reconocerlo, pero sólo granito.

Dan se mordió los labios.

— ¿No... no hay indicios de materia orgánica, doctor? — preguntó.

— ¿Por qué tendría que haberlos? No, Dan; el trozo de mineral que me entregaste es total, definitiva y absolutamente granito. ¿Algo más, Dan?

— No, gracias, eso es todo.

El doctor Gnostrom, antiguo amigo suyo, era un reputado geólogo. Su dictamen era, pues, concluyente y eliminaba toda duda.

Dan golpeó la mesa con el puño.

— Pero ¡maldita sea! Si el trozo de granito que le envié procedía de un cuerpo humano petrificado instantáneamente...

A la una y media, furioso y desazonado, se puso en pie.

— Me voy, Mary — anunció a la secretaria —. Tengo que hacer y ya no regresaré hasta mañana. Tome nota de los avisos y eluda en lo posible concertar entrevistas.

— Sí, señor.

Treinta minutos más tarde, Dan se hallaba en el *Córdoba.*

Paseó la vista por el local. No se advertía la presencia de Jiménez.

Se acercó a la barra.

— ¿Dónde está Paco? No le veo...

— Está revisando los reservados. Saldrá en seguida, señor —contestó el barman.

Dan se sentó en un taburete y pidió una copa. Armado de paciencia, aguardó quince minutos.

Jiménez seguía sin dar señales de vida.

— Oiga, amigo...

— Sí, señor —se acercó el «barman» servicialmente.

— Me parece que Paco tarda demasiado. ¿No cree usted?

El «barman» hizo un gesto de extrañeza.

— Es probable — convino—. Ya tendría que estar aquí...

— ¿Puedo ir a buscarle? —preguntó Dan.

— Por supuesto. La escalera del fondo, señor.

Dan atravesó el local, cruzó un arco y encontró una escalera que le condujo a un corredor situado en el primer piso, flanqueado de puertas a ambos lados.

Todas estaban cerradas menos una, no abierta, sin embargo, por completo. A través del hueco, Dan divisó los pies de un hombre caído de bruces en el suelo.

Sintió una especie de golpe en el pecho. Aquella visión explicó la tardanza del camarero.

Empujó la puerta con el codo. El método de asesinato no podía ser más clásico: un puñal en el centro de la espalda.

Dan contuvo la respiración durante unos momentos. Luego se fijó en que la mano derecha del muerto estaba fuertemente crispada.

Se arrodilló a su lado y aflojó los dedos. Un papelito calló al suelo.

Había una dirección escrita a lápiz en el mismo. Dan guardó cuidadosamente el trozo de papel y regresó sobre sus pasos.

Miró al «barman».

— Avise a la policía —dijo—. Paco ha sido asesinado.

* * *

Se acercó a la puerta y tocó con los nudillos, muy suavemente. Esperó.

Volvió a llamar. La puerta se abrió una rendija y por ella asomó el cañón de una pistola electrocutante.

— ¿Quién es? —preguntó Joan.

— Retire ese chisme, señorita Funkel — dijo Dan —. Soy yo, Plutter.

Joan respiró, visiblemente aliviada. Soltó la cadena de seguridad y terminó de abrir la puerta.

— Creí que no vendría ya — dijo.

— Ha ocurrido algo que me ha retrasado muchísimo.

— ¿El asesinato de Paco?

— ¿Conoce ya la noticia?

— Lo dieron en uno de los diarios televisados. — Joan movió la cabeza —. ¡Pobre Paco! ¡Tan leal y servicial! — se lamentó.

— La muerte de Paco no es la única, señorita Funkel —dijo Dan. De pronto vio servicio de licores en un aparador y se acercó al mueble —. ¿Quiere que le sirva una copa?

— Sí, por favor.

Dan observó que estaba visiblemente afectada. Llenó dos copas y le entregó una.

— La policía me interrogó a fondo — dijo —. Por eso he tardado tanto.

— Sí, comprendo.

— Eludí las preguntas más comprometedoras. No mencioné, como le he

dicho a usted antes, que la muerte de Paco no es la única.

— ¿Quién es el otro?

— Dos. El arquitecto Harkane, autor de los planos del castillo del asteroide. El segundo es un sujeto a quien no conozco y al que sorprendí tratando de robar en mi oficina.

Joan se sentía pasmada.

— ¿Quién asesinó al arquitecto? —exclamó.

— A mí me gustaría saberlo. En cuanto al ladrón, podría decirse que fui yo.

— No entiendo — dijo ella extrañada.

Dan sacó del bolsillo una piedra irregular, grisácea, con numerosos puntitos brillantes y oscuros en su superficie.

— ¿Qué es esto? — preguntó.

— No soy una experta, pero parece granito.

— Lo es — confirmó Dan —. Sin embargo, hace veinticuatro horas, este trozo de granito era parte de la estructura de un cuerpo humano, viviente y pensante, señorita Funkel.

* * *

Joan escuchó en silencio el relato que Dan le hizo. Sus ojos estaban tremendamente abiertos cuando él terminó.

— No me mire así, no estoy loco, Joan —dijo Dan.

— Es que... parece un delirio...

— Le aseguro que no hay delirio en cuanto le he relatado. Todo es la pura verdad.

Joan se pasó una mano por la cara.

— Usted... ha visto a dos hombres convertirse en granito. Paco ha sido asesinado por un desconocido... y yo tengo que vivir, ocultándome como una perseguida por la justicia... ¿Por qué, Dan?

— Ya lo dijo en otra oración: el doctor Kolb no quiere que vaya usted al asteroide.

— ¿Hay algo allí que justifique sus precauciones y, tal vez, sus crímenes?

Dan se encogió de hombros.

— No tengo la menor idea, pero me está picando la curiosidad, Joan. Y, a propósito, ¿para qué me llamó usted?

— Tengo noticias para usted, Dan.

— ¿Interesantes?

— Ayer zarpó una astronave en dirección al asteroide. Lleva bodegas acoplables, usted ya sabe cómo son.

— Sí, en efecto. Pueden soltarse en pleno espacio, sin que la carga sea afectada, porque continúa en estado de estanqueidad.

— Así es —confirmó Joan—. La nave va provista de dos de esas bodegas, cada una de las cuales lleva incorporada los mecanismos de dirección y propulsión independientes de los de la astronave y que pueden ser teleguiados por la persona que ha de recibir la carga.

— Voy entendiendo. El doctor no quiere que nadie aterrice en el asteroide.

— Exactamente. La carga son sustancias químicas en una de las bodegas y provisiones en la otra.

— ¿Sabe qué clase de sustancias químicas?

— Fosfato de cal y sílice pura, principalmente, no sé más.

Dan se pellizcó el labio inferior.

— El calcio y la sílice entra en la mayoría de los minerales, incluso en el granito — murmuró. Me gustaría saber qué diabólicos experimentos está realizando allí el doctor Kolb.

— A mí también, Dan —dijo ella, mirándole fijamente.

El joven se alarmó.

— No trate de convencerme... —empezó a decir, pero se interrumpió para lanzar una exclamación —: ¡Maldita sea! Si ya estoy convencido.

Joan se echó a reír.

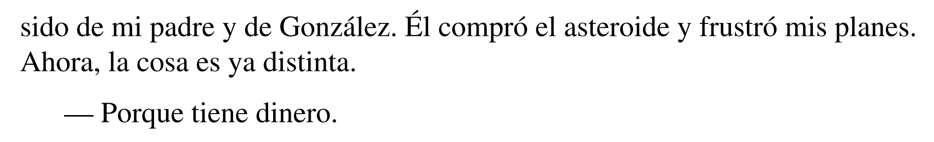
— ¿Cuándo zarpamos, Dan?

— Un momento, un momento — dijo él —. Éste es un viaje que no se puede improvisar alegremente. Hay que hacer las cosas bien, para evitar el fracaso.

— De acuerdo, Dan. En ese caso, dejo en sus manos la preparación del viaje.

— Por supuesto. Pero, dígame, ¿está segura de que el doctor Kolb desea su muerte?

— Sí —contestó ella con ojos brillantes—. Siempre deseé saber qué había



sido de mi padre y de González. Él compró el asteroide y frustró mis planes. Ahora, la cosa es ya distinta.

— Porque tiene dinero.

— Exactamente. Una de las patentes de mi padre empezó a rendir de un modo inesperado y conseguí una fortunita.

— Lo raro es que Kolb lo supiese.

— De cuando en cuando, tiene que encargar cosas a la Tierra. Recibe información científica, ya sabe, revistas, filmes y grabaciones... y se enteró de que la patente había sido adquirida por una poderosa compañía. Imaginarse el resto no debió de resultarle demasiado difícil.

— Claro, supuso que ahora usted querría ir allí murmuró Dan pensativamente—. ¡Pero usted se llama Funkel! —exclamó de repente.

— Es mi apellido verdadero. Mi padre suprimió, sin embargo, las dos últimas letras. Dejó Funk como una especie de seudónimo.

— Entiendo. Bien, Joan, yo tengo que hacer ahora una visita — dijo él.

— ¿A quién va a ver?

— Se llama Jim Woodeck y fue capataz principal en las obras de construcción del castillo.

Los ojos de Joan chispearon.

— ¿Le importaría que le acompañase? —preguntó.

— No hay inconveniente —accedió Dan

CAPÍTULO VI

Cuando llegaban al domicilio de Woodeck, vieron que se abría la puerta. Sonó una voz colérica.

— ¡Vete al diablo, Jim! ¡No quiero estar ni un minuto más contigo!

— Pero, Laura...

— ¿Seguir viviendo contigo? — dijo la mujer, riendo sarcásticamente—. Yo necesito un hombre, no una estatua de piedra.

La mujer salió pegando un portazo. Era joven y bien parecida, de formas rotundas y de unos treinta años de edad.

— ¿Señora Woodeck? — preguntó Dan.

— Por desgracia, pero éste es un asunto que se va a solucionar rápidamente —contestó ella—. ¿Quieren algo de mí?

— Buscamos a su esposo...

— Entonces, entren y hablen con ese trozo de mármol. ¡Yo me largo de aquí para siempre!

Laura Woodeck se alejó con rápidas zancadas. Dan y Joan intercambiaron una mirada.

— ¿Qué le pasará a Woodeck? —murmuró él.

— Vamos a verlo ahora mismo — propuso Joan, a la vez que apoyaba el índice en el pulsador de llamada.

La puerta se abrió minutos más tarde. Un hombre, de gran corpulencia y pesados ademanes, apareció ante la pareja.

— ¿Qué desean? — preguntó con escasa amabilidad.

— Me llamo Dan Plutter. Ésta es la señorita Funkel. Deseamos hablar con usted, señor Woodeck.

El antiguo capataz les contempló especulativamente durante unos instantes.

— Está bien, pasen — accedió al cabo.

Dan y Joan atravesaron el umbral. Woodeck se retiró a un lado y quedó con los brazos cruzados, en actitud expectante.

— Han oído a mi mujer, supongo — dijo.

— Sí, pero éstas son cosas que pasan en los matrimonios — sonrió Dan

—. No tardará mucho en volver a casa, arrepentida de un momento de irritación.

— Lo dudo mucho —manifestó Woodeck.

— ¿Por qué?

Woodeck se pasó una mano por la frente.

— No sé —dijo—. Place algún tiempo que no soy el que era antes... Me encuentro cada vez más torpe y pesado... ¿Han visto a mi mujer? —preguntó.

— Pues..., sí —respondió Dan, extrañado de que Woodeck repitiese algo que ya había dicho.

— Es guapa y muy cariñosa. Siempre fuimos un matrimonio muy unido..., pero de un tiempo a esta parte... Bueno, no sé cómo explicarme... Laura... había perdido ya todo el atractivo para mí. Siempre fui un esposo fiel y amante..., pero ahora ella... llegó a decir que yo la engañaba con otra...

— Lo cual no es cierto, por supuesto — sonrió Joan.

— No, diablos —gruñó Woodeck—. Pero... Laura ya no tenía atractivo para mí. Ni ninguna otra mujer. Tenía razón en lo que dijo: soy un pedazo de piedra.

Dan se puso rígido.

— Usted estuvo en el asteroide VVI-46, formando parte de la cuadrilla que construyó el castillo del doctor Kolb — dijo.

— Sí, en efecto — admitió Woodeck —. Buen trabajo, bien pagado... No puedo quejarme, señor Plutter. La verdad, ojalá se presentase otra oportunidad semejante.

— Comían allí, claro.

— Desde luego. No se escatimaban los alimentos. Comíamos lo que queríamos. Incluso nos reforzábamos con vitaminas. Y el doctor Kolb nos dio a todos un preparado suyo para evitar la descalcificación del organismo. Ustedes saben que en lugares sin gravedad, el cuerpo pierde calcio en mayor proporción de lo que es habitual.

— Sí. ¿Qué más, señor Woodeck?

— Bueno, al partir, el doctor Kolb nos dio a todos un tubo de pastillas de su creación, para que tomáramos una cada tres meses. Eso es todo.

— ¿Tiene usted las pastillas? —preguntó Joan ansiosamente.

— No, ya acabé el tubo hace unos seis meses. El doctor dijo que al acabar su contenido ya no haría falta tomar más medicina.

Dan apretó los labios.

— Es una contrariedad —dijo—. Jim, me gustaría que lo examinase un médico.

Woodeck se alarmó.

— Pero... si estoy bien...

— Usted mismo ha dicho antes que cada día se siente más pesado —alegó Dan—. Su mujer ya no le ofrece ningún atractivo.

— Sí, claro...

— Aguarde un momento, Jim.

Dan buscó con la vista el visófono y se acercó al aparato. Marcó un número y esperó unos instantes.

La cara de una bonita joven apareció a poco en la pantalla.

— ¿Doctor Ferburgh? — preguntó Dan.

— Soy su esposa —dijo la joven—. El doctor va a acostarse...

— Por favor, señora Ferburgh, dígale a Hal que acuda. Es muy urgente. Yo soy Dan Plutter; él me conoce bien.

— Está bien, señor Plutter. Aguarde un momento, por favor.

Segundos más tarde, Ferburgh aparecía en la pantalla.

— Hola, Dan. ¿Qué te sucede? ¿Es algo grave?

— Puede que sí, Hal. Voy a llevarte un paciente... Siento infinito molestarte a estas horas, pero el asunto no admite demora. Lo comprenderás mejor cuando estemos allí.

— De acuerdo. Si no hay otro remedio, Dan — suspiró el galeno.

— No, no lo hay, Hal.

Dan cortó la comunicación.

— Trataremos de cortar esa pesadez, Jim. El doctor Ferburgh hará que sienta de nuevo atracción hacia su esposa.

— Si eso fuera verdad — dijo Woodeck melancólicamente.

— Vamos —dijo Dan—, no perdamos más tiempo.

Echaron a andar hacia la puerta. Dan observó que Woodeck caminaba con evidentes dificultades.

— Es terrible — se quejó el capataz —. Cada vez me cuesta más moverme Dan se sintió lleno de espanto. Ignoraba cómo, pero tenía la seguridad de que el proceso de petrificación se había iniciado ya en Woodeck.

* * *

Costó mucho desembarcar a Woodeck del aeromóvil en que los dos jóvenes lo transportaron hasta la casa del doctor Ferburgh. El aparato había aterrizado en un pequeño claro del jardín, que el médico tenía para su propio vehículo. Ferburgh y su joven esposa aguardaban ya a sus visitantes.

— ¿Qué le pasa a este hombre, Dan? —preguntó Ferburgh.

— Un proceso de calcificación, aunque más correcto sería decir de petrificación de todo su organismo — contestó Dan —. Pero quiero que le tomes muestras de tejidos y de sangre cuanto antes.

— Sí, desde luego. — El médico se volvió hacia su esposa—. Flora, ¿quieres ir preparándolo todo?

— Está bien, Hal —contestó la señora Ferburgh.

— Es también mi enfermera — explicó el galeno sonriendo—. Vamos, amigo —dijo a Woodeck, tomándolo por un brazo—. Apóyese en mí sin ningún remilgo.

— No lo comprendo — se lamentó Woodeck —. Siempre fui un hombre de gran fuerza muscular y nada torpe, a pesar de mi peso, pero ahora me encuentro casi incapaz de moverme...

Los pasos del capataz eran de una terrible lentitud. Se veía claramente que le costaba un terrible esfuerzo mover las piernas.

Finalmente y ayudado por los dos hombres, consiguió entrar en la casa. Ferburgh lo condujo a un pequeño laboratorio, en el que su esposa se hallaba ya trabajando.

— Siéntese, Jim — indicó el médico.

Woodeck lo intentó, pero no lo consiguió.

— ¡No puedo! —gimió—. No puedo doblar el cuerpo...

Ferburgh consultó a Dan con la mirada. Dan agarró a su amigo y se lo llevó al otro lado del laboratorio.

— Tienes que darte prisa o, de lo contrario, antes de cinco minutos, te encontrarás con una estatua de granito — dijo en voz baja.

Ferburgh contempló a Dan con cara de estupefacción.

— Es cierto — insistió Dan —. No me tomes por loco. Anda, date prisa; luego vendrán las explicaciones.

— De acuerdo, Dan. Sí, necesito explicaciones... porque lo que estoy

viendo es un fenómeno intrigante.

La señora Ferburgh vino con una bandeja ya preparada, en la que traía algunos instrumentos. Ferburgh subió la manga de la camisa del brazo izquierdo del paciente y desinfectó cuidadosamente una zona del mismo.

Luego inyectó una pequeña dosis de anestesia parcial en el brazo. Dan pensó que acaso no hacía falta, dadas las condiciones en que se encontraba Woodeck.

Ferburgh extrajo unas muestras de tejido y de sangre. Al terminar, Woodeck quedó con el antebrazo derecho levantado, horizontal, en ángulo recto con el resto del miembro.

— Baje el brazo, Jim — dijo Ferburgh.

— Eso quisiera... doctor... No puedo mover...me... y cada vez me cuesta... más... ha... blar...

Ferburgh miró fijamente al capataz. Dan sintió que se clavaban en su brazo cinco uñas femeninas. Eran de Joan.

Ferburgh agarró la mano derecha de Woodeck, disponiéndose a volver el brazo a su posición normal. Dan se adelantó vivamente.

¡No lo hagas, Hal! —exclamó.

La señora Ferburgh tenía una palidez mortal. Woodeck se había quedado completamente inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos fijos en un punto invisible.

— Si tratas de poner el brazo en su postura normal, se lo romperás. Puede que también lo rompas a él en mil pedazos, Hal —dijo Dan.

El médico se sentía pasmado.

— Pero... ¿qué diablos le ocurre? —inquirió.

— No sé cómo explicarlo, Hal — respondió Dan —. Conozco de dos casos en que el proceso de petrificación ha sido instantáneo. En el de Jim Woodeck, tal vez su propio organismo, rechazando ese proceso, lo ha retrasado, aunque no impedido finalmente.

— ¿Quieres decir que... este hombre se ha convertido en piedra? — exclamó Ferburgh.

Dan miró por todas partes, hasta que divisó un pequeño cuchillo. Asiéndolo por la punta, golpeó ligeramente con el mango en la mejilla izquierda de Woodeck.

Se oyó un sonido casi musical, semejante al golpe de una uña contra el borde de una copa de cristal. Ferburgh sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que apoyarse en una mesa.

— ¡Dios de Abraham! —exclamó—. Jamás había visto una cosa similar. Este hombre es ahora una estatua de piedra.

— Granito, exactamente —confirmó Dan.

— Pero ¿dónde ha contraído esa extraña enfermedad?

— Eso es lo que me propongo averiguar lo antes posible, Hal. ¿Tardarás mucho en los análisis?

— Me daré prisa —respondió el médico—. ¿Qué hacemos con Woodeck? ¿Avisamos a la policía?

— ¿Creerían que es un ser humano? Dirían que es una reproducción, en granito, de Jim Woodeck. No, Hal, lo mejor será guardarlo un tiempo, hasta que encontremos la forma de volverlo a su anterior estado... o hasta que hallemos la forma de evitar que los seres humanos sigan convirtiéndose en piedra, si lo de Woodeck no tiene solución.

Dan se volvió hacia la muchacha.

— Alistaré la nave lo más pronto que pueda — dijo—. Tengo un yate espacial, con radio de acción por todo el sistema solar. Iremos usted y yo solos, si no tiene inconveniente.

— Ninguno —aceptó Joan.

— La nave estará lista dentro de cuarenta y ocho horas. Quiero que hagan una revisión a fondo para no correr riesgos innecesarios. Hal, ¿dónde te parece que guardemos a Woodeck?

Ferburgh miró al inmóvil capataz un instante. Luego respondió:

— El sótano es el lugar más adecuado, creo.

— De acuerdo. Vamos a llevarlo ahora mismo, pero con todo cuidado, no sea que se nos rompa.

Resultaba extraño, y estremecedor, al mismo tiempo, cargar con una estatua que sólo pocos minutos antes había sido un ser humano. Dan y Ferburgh depositaron el cuerpo de Woodeck en el suelo del sótano y luego volvieron arriba.

— Yo voy a iniciar los análisis ahora mismo —dijo el médico.

— Llámame en cuanto obtengas los primeros resultados — pidió Dan.

Con Joan, abandonó la casa del doctor Ferburgh. Durante unos minutos, volaron en silencio, hasta que ella lo rompió con una pregunta:

— Dan, si todo esto está tramado por el doctor Kolb, ¿qué es lo que pretende ese científico demente?

— No lo sé — repuso el joven —, pero sí puedo decirle una cosa, Joan.

— ¿Qué es, Dan?

— Algo muy sencillo. Tiene ayudantes que colaboran con él en un proyecto que no tiene nada de legal. Pero esto no es lo peor. Cuando alguien se convierte en un estorbo, lo asesinan, como le pasó al pobre Paco.

Joan se estremeció.

— ¿Es posible que el jefe de una pandilla de asesinos sea alguien que debiera dedicar todos sus afanes a la ciencia? —exclamó.

— A juzgar por lo que hemos visto, sí es posible; pero la cosa no termina aquí — dijo Dan —. Todavía quedan un centenar de personas, entre tripulantes y obreros, que están corriendo el mismo riesgo que el pobre Jim Woodeck.

CAPÍTULO VII

Dan estaba examinando la lista de los hombres que habían viajado cuatro años antes al asteroide VVI-46, cuando la secretaria le pasó una comunicación.

— Es el doctor Ferburgh — anunció.

Dan pulsó una tecla. La cara de su amigo se hizo visible en la pantalla.

— Habla, Hal —pidió el joven.

— Tengo el análisis. Sucintamente, te diré que, tanto en los tejidos como en la sangre, hay una elevada proporción de sílice y calcio, además de otra sustancia que no he conseguido identificar en absoluto. Dan, la proporción de esos dos minerales es fantástica.

— Me lo imagino, Hal. No puede ser de otro modo, cuando una persona se convierte en granito. ¿Qué me dices de la sustancia sin identificar?

— Yo diría que es de origen orgánico, no mineral, pero eso es todo lo que sé.

— Hal, se me ocurre una hipótesis. Tal vez esa sustancia sea el acelerador o catalizador de la reacción que origina la petrificación del organismo. ¿No te parece a ti?

— Sí, pero ¿cómo ha podido producirse esa reacción al cabo de cuatro años?

— Pon dos y medio, Hal. Woodeck estuvo año y medio en el asteroide, lo que costó la edificación del castillo.

— Aunque sea así. Demasiado tiempo, ¿no cree?

Dan se encogió de hombros.

— Puesto que desconocemos la forma en que actúa esa sustancia inidentificada, no podemos hacer conjeturas de ninguna clase. Sólo podemos actuar a base de lo que conocemos no sólo teórica, sino experimentalmente. Y, recuerda, en dos personas se produjo esa reacción petrificante en forma instantánea, sobre todo, en el ladrón que se introdujo en mi despacho.

— El hombre al que golpeaste.

— Sí. Le di un puñetazo y al caer ya era piedra y se rompió. Es lo más extraño de todo.

— Dan — murmuró Ferburgh —, si tuviera la plena seguridad de que

Woodeck está muerto, le haría la autopsia.

— ¿A una estatua de piedra? Tendrías que usar maza y cincel — sonrió Dan —. Guárdalo tal como está; quizás un día podamos volverle a la vida.

— ¡Ojalá! — dijo el médico desanimadamente.

Y cortó la comunicación.

Mary llamó unos segundos más tarde.

— Está aguardando la señorita Funkel —dijo.

— Ahora mismo salgo yo —contestó Dan.

* * *

— ¿Adonde vamos ahora? —preguntó Joan, una vez el aeromóvil se hubo despegado de la acera.

— A casa de un tal Dave Stone. Eso fue el segundo capataz en el asteroide.

— Stone — Joan se estremeció —. Un apellido que significa «Piedra» y que, en su caso, podría hacerse realidad.

— Trataremos de evitarlo — dijo él —. No obstante, antes tenemos que recoger a un amigo.

Minutos más tarde, Dan maniobró para descender junto a la acera. Un hombre les aguardaba y saltó inmediatamente a bordo.

— Joan, le presento a Max Rovvels, buen amigo y detective privado, que trabaja en ocasiones para mi empresa —dijo Dan—. Max, la señorita Funkel.

— Tanto gusto, señorita — saludó el detective.

— Encantada —dijo ella—, ¿Por qué viene con nosotros? —preguntó a Dan.

— Vamos a necesitar ayuda —respondió el joven escuetamente.

Diez minutos más tarde, Dan estacionó el vehículo al pie de un bloque de pisos. Saltaron a la acera y entraron en el edificio.

El ascensor les llevó hasta el piso veintidós. Salieron y caminaron hasta detenerse por fin ante una puerta, en la que había una placa con el nombre del inquilino.

Dan llamó. Pocos instantes después se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura y no muy fuerte corporalmente, aunque tampoco daba sensación de persona enfermiza.

— ¿Sí? —dijo el individuo.

— ¿Stone? —preguntó Dan.

— Así me llamo. ¿Qué desean?

Dan se presentó a sí mismo y luego a sus acompañantes. Acto seguido, dijo:

— Deseamos hablar con usted, señor Stone.

— ¿Se trata de algo especial, señor Plutter?

— Depende. Se trata del trabajo que hizo usted hace cuatro años en el asteroide VVI-46.

Stone parpadeó unos instantes. Luego se echó a un lado.

— No tengo nada que ocultar —dijo—. Aquello fue todo legal.

Dan y sus acompañantes entraron en el piso.

— Usted trabajaba a las órdenes de Jim Woodeck — dijo Dan.

— Bueno, bien mirado, así podría definirse, pero...

— Pero ¿qué, señor Stone?

— Jim dirigía personalmente ciertos trabajos en el asteroide, a los que no teníamos acceso la mayoría de los obreros. Aunque inspeccionaba las obras en general, él se encargaba, con cuatro más, de aquella sección.

— ¿Qué sección era? ¿Lo sabe usted, señor Stone?

El individuo se encogió de hombros.

— No tengo la menor idea de lo que hicieron — contestó—. Sólo le diré que estaba hacia el centro y en lo más profundo del área sobre la que se asentó el castillo.

— De modo que era una sección especial y sólo trabajaron cinco hombres en ella.

— Lo correcto sería decir que trabajaron cuatro. Jim inspeccionaba los trabajos y los dirigía en persona, aunque consultando, me imagino, con aquel chiflado que tuvo la ocurrencia de construirse un castillo en el espacio.

— ¿No sabe usted lo que hicieron? —insistió Dan.

— Repito que no. Una o dos veces intenté sonsacar a Jim y no me contestó. Supongo que el doctor Kolb no quería que se supiera lo que hacía aquel grupo. Los otros cuatro también guardaban silencio.

— Entiendo —dijo Dan—. ¿Recuerda usted sus nombres?

— Le diré uno: Ronald Twaite. De los otros no me acuerdo. Twaite vive

en el seiscientos doce de la Segunda Perspectiva. No creo que les diga nada — añadió Stone.

— ¿Por qué? — preguntó Joan.

— Tengo la sensación de que aquel maniático les «untó» para que callasen. No puedo asegurarlo, pero me parece que fue así. Desde luego, Twaite no ha vuelto a dar golpe desde entonces y se dedica a la buena vida. Si no trabaja, ¿de dónde saca el dinero? ¿Eh?

Dan sonrió.

— Una deducción muy acertada, señor Stone — dijo—. Ahora, por favor, ¿querrá decirme si el doctor le dio algunas pastillas de vitaminas, como suplemento alimenticio?

— ¿Vitaminas? ¡Qué absurdo! El doctor no me dio nada parecido, señor Plutter.

— ¿Seguro?

— Segurísimo. ¿Es que duda de mi palabra? —se enojó Stone.

— Sí. Es más, creo que miente.

Stone cerró los puños.

— Cuando me insultan, suelo tener muy mal genio — declaró.

— Lo que le enoja a usted es saber que han descubierto que es un mentiroso — dijo Dan fríamente.

Stone lanzó una imprecación y se lanzó sobre el joven. Dan paró fácilmente su primer golpe y luego disparó su puño derecho.

Se oyó un seco crujido. Stone abrió los brazos y cayó hacia atrás. Rowels, situado oportunamente, lo retuvo antes de que tocara el suelo.

Stone sacudió la cabeza.

— No debió haberme golpeado de ese modo —gimió —. Le he dicho cuanto sabía...

Dan metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos billetes que entregó a Stone.

— Tome, amigo —dijo—. Ha sido una broma. La considerará pesada, sin duda, pero esto le resarcirá de las molestias sufridas. Joan, Max, vámonos.

* * *

Mientras descendían en el ascensor, Joan dijo:

— La prueba ha resultado satisfactoria. Stone no ha hecho honor a su apellido.

— Por fortuna para él — dijo Dan, sumamente aliviado—. Pero esto nos ha hecho saber una serie de datos muy interesantes.

— En el castillo hay una sección cuyo secreto no quiere Kolb que se divulgue.

— Exactamente. Ese secreto era conocido del arquitecto, naturalmente, de Woodeck, de Twaite y de tres más. Kolb les dio su droga petrificante a fin de que, en un caso necesario, no pudieran delatarle.

— Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces — alegó Rowels.

— Bueno, a mí se me ocurre una idea — dijo Dan—. Kolb debió de calcular el tiempo que tardaría su droga en actuar sobre el organismo humano. Dos años y medio, aproximadamente. Mientras tanto, ha estado «untando» a esos seis hombres para que no revelaran el secreto.

— Y ahora deja que se petrifiquen.

— Sí. Tal vez disponga del antídoto, que, aplicado a tiempo, evitaría la reacción petrificante, pero, por lo visto, le interesa más deshacerse de seis bocas comprometedoras.

— Bueno —exclamó el detective—, al menos, conocemos el domicilio de uno de ellos. No me cabe la menor duda —agregó— de que Twaite ha de saber el nombre de los tres restantes. Cuando varias personas trabajan juntas durante año y medio, acaban intimando y conociendo muchos detalles mutuos

CAPÍTULO VIII

La mujer les miró malhumorada desde el umbral de la puerta.

— ¿Ron? Lo tendrán en el salón *White's,* seguro. Se pasa allí la mayor parte del día, dándole al taco de billar y a la ginebra. Es lo único que sabe hacer ahora mi marido.

— ¿Es que se ha quedado sin trabajo? —preguntó Dan cortésmente.

— Ron no trabaja porque no le da la gana —respondió la señora Twaite —, Tiene dinero, que no sé de dónde le viene, así que, ¿para qué se va a molestar en romperse los lomos por ahí? Pero me gustaba más antes, cuando trabajaba.

— ¿Por qué, señora Twaite?

La mujer lanzó una mirada de reojo a Joan.

— Antes era un hombre —rezongó—. Ahora, de algún tiempo a esta parte, parece que en lugar de marido tenga una estatua de piedra.

— ¡Ah! — dijo Dan —. Gracias, señora Twaite.

Hizo una seña y se dirigieron todos hacia el ascensor. Mientras bajaban a la calle, Dan movió la cabeza:

— Los síntomas, tanto en Twaite como en Woodeck, son análogos.

— Sí — confirmó Rowels, que estaba al tanto de lo ocurrido—, indiferencia hacia las mujeres.

— Exactamente. Y eso empezó a sucederle hace algunos meses, de modo que el proceso de petrificación está en su punto culminante. Tenemos que darnos prisa para ver si conseguimos evitar que Twaite se convierta en granito.

El *White's* estaba a dos manzanas tan sólo. Era un centro de recreo de grandes dimensiones, y después de preguntar varias veces pudieron dar con el objetivo.

Twaite, tal como había dicho su mujer, estaba jugando al billar con un amigo. Dan esperó a que el hombre acabase la jugada y luego se acercó a él.

— Quiero hablar con usted, Twaite — manifestó.

Twaite le miró con insolencia. Era un hombre alto y membrudo, de nariz achatada, tal vez por algún período anterior de su vida como boxeador.

— ¿Es interesante? —preguntó con displicencia.

Dan no podía perder tiempo. Sacó dos billetes y se los enseñó al antiguo obrero del espacio.

— ¿Le parecen interesantes dos billetes de quinientos créditos? —preguntó.

Los billetes desaparecieron, mientras Twaite reía cínicamente.

— Tienen un atractivo poderoso — contestó —. ¿Por qué no tomamos mientras conversamos? —propuso.

— De acuerdo.

Dan hizo las presentaciones. Los cuatro se sentaron en Dan hizo las presentaciones. Los cuatro se sentaron en torno a una mesa y un camarero trajo bebidas.

— ¿Y bien? — dijo Twaite una vez hubo tomado un trago.

— Usted trabajó hace dos años y medio, en el asteroide VVI-46.

— Sí, es cierto.

— Con usted, además del arquitecto Harkane, de Jim Woodeck, había tres obreros más. Díganos sus nombres, por favor.

Twaite enarcó las cejas.

— ¿Por qué quiere saberlo? —preguntó.

— Mil créditos me dan derecho a su respuesta — dijo Dan.

— Rowels tenía en la mano un lápiz y una libreta de notas. Twaite lo miró de reojo y, al fin, pronunció los tres nombres.

Era una precaución interesante, porque a Twaite le ocurría algo antes de terminar de hablar. Rowels anotó los datos y luego Dan continuó:

— Woodeck y ustedes cuatro estuvieron trabajando en determinada sección del castillo. ¿Es cierto?

— Sí, pero el doctor nos ordenó guardar secreto absoluto.

Dan sonrió.

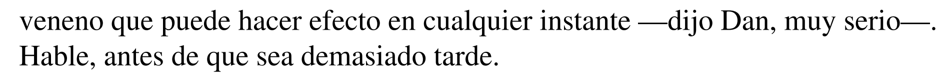
— Mediante una buena suma de dinero —manifestó.

— Hombre, fue una excelente propina —admitió Twaite, sonriendo también.

— Lo celebro mucho. Ahora, por favor, díganos qué estuvieron haciendo.

Twaite movió la cabeza negativamente. Dan no se inmutó y empezó a sacar billetes.

— Ron, las supuestas vitaminas que el doctor les dio no son sino un


veneno que puede hacer efecto en cualquier instante —dijo Dan, muy serio—. Hable, antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Quiere burlarse de mí? —gruñó Twaite.

— El señor Plutter habla totalmente en serio — intervino Joan.

— Me encuentro estupendamente — dijo Twaite.

— Bien de salud, ¿verdad? —sonrió Rowels—. Su esposa no opina lo mismo, amigo.

Twaite frunció el ceño.

— Esa maldita charlatana —gruñó—. A veces... un hombre puede pasar por una época sexualmente crítica dé su vida..., pero ya me está tratando un psiquíatra. Volveré a ser lo que era antes, pero eso no quiere decir que no me sienta bien físicamente. ¡Como un toro, sí, señor!

— Al mismo tiempo que hablaba, Twaite se golpeaba el pecho con el puño, haciendo alarde de su potencia muscular. Al tercer golpe, se rompió en mil pedazos de granito.

Joan lanzó un chillido. A Dan ya no le impresionó en absoluto.

Empezaba a acostumbrarse ver romperse a los hombres como si fueran piezas de alfarería.

* * *

Dan detuvo el aeromóvil delante de una casa.

— Aquí es —dijo—. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

— ¡Ojalá! —suspiró Rowels, señalando hacia la aeroambulancia que estaba parada unos metros más adelante.

Dan se estremeció. En aquel momento, des camilleros salieron de la casa, seguidos por un médico.

— Doctor — llamó el joven.

El médico se detuvo.

— ¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó amablemente.

— Sí, doctor. ¿Qué es lo que llevan ahí?

Dan señalaba hacia la sábana blanca que cubría el bulto situado sobre la mesilla. El médico hizo un gesto de pesar con la cabeza.

— Quisiera creer que es un hombre —respondió.

— ¿Le han avisado a usted, doctor?

— Sí, unos vecinos, alarmados al ver que ese individuo no salía de su casa. Temieron que le hubiese ocurrido algo y... sí, le ha pasado.

— Se ha convertido en piedra.

— Exactamente. ¡Oiga! ¿Cómo lo sabe usted? —respingó el galeno.

Dan sonrió tristemente.

— No es el primero —contestó. Y añadió —: Quizá no sea el último, doctor. ¿Vivía solo ese hombre?

— Sí, creo que sí...

— Gracias, doctor.

Dan se volvió hacia el detective.

— Max, ahora te toca a ti. Registra la casa de ese sujeto palmo a palmo, incluso con microscopio si es necesario. Él ya no puede decirnos nada, pero quizás haya dejado alguna pista que pueda indicamos qué construyó aquel equipo especial en el asteroide.

— Rowels hizo un signo, rozándose la sien derecha con el dedo índice.

— Descuida —contestó.

Y se encaminó a grandes zancadas hacia la casa.

La ambulancia se había alejado ya. Dan y Joan regresaron al aeromóvil.

— Tenemos dos más todavía — dijo él, en el momento de poner en marcha el vehículo.

— ¿Llegaremos a tiempo? —preguntó Joan ansiosamente.

— Eso querría yo, pero no abrigo ninguna esperanza — contestó Dan en tono pesimista.

— Durante unos momentos, Joan guardó silencio. Luego dijo:

— Dan, ¿qué horribles propósitos abriga el doctor Kolb? ¿Qué diabólicos experimentos está haciendo en el castillo?

El joven hizo un gesto con la cabeza.

— No se me ocurre ninguna explicación —contestó—. Pero lo sabremos cuando lleguemos al asteroide.

— Quizás obtengamos antes esa explicación — apuntó Joan esperanzada.

— Si encontramos vivos a los dos últimos miembros del equipo.

— ¿Estarán ya petrificados?

La duda quedó flotando en el ambiente. Antes de dos horas, sin embargo, quedó resuelta.

Los dos últimos operarios que habían formado parte del grupo especial capitaneado por Woodeck se habían convertido también en piedra.

* * *

— No me explico cómo Woodeck no nos dijo nada de aquel trabajo especial —rezongó Dan, mientras se paseaba arriba y abajo, como un león enjaulado, por el salón de su casa.

— ¿Se lo preguntamos nosotros siquiera? De su trabajo sólo mencionamos generalidades. En seguida nos fuimos hacia las famosas vitaminas del doctor Kolb. Dimos por sentado que había intervenido en la construcción del famoso castillo, pero nada más.

— Es cierto —admitió el joven. Consultó su reloj —. Max se retrasa.

— Tenga paciencia y no se coma las uñas —sonrió Joan —. Peor estoy yo que usted.

— Es cierto. —Dan se volvió hacia ella—. ¿Qué esperaban encontrar su padre y González en el asteroide?

— Algún mineral valioso, imaginó. Eran un poco soñadores.

— Indudablemente. ¿No le dijeron a usted nada al respecto?

— ¿Qué más podían decirme que lo que le acabo de contestar?

— Ellos estuvieron allí algún tiempo y luego se dejó de tener noticias de ellos. ¿No se sabe aún qué les pasó?

Joan hizo un signo negativo.

— No. Simplemente, llegada la época en que debían hacer la llamada para la reposición de víveres y pertrechos, dejaron de hacerla. El proveedor me llamó y yo avisé a las patrullas del control espacial. Se envió una nave patrullera a investigar... y ya no hallaron el menor rastro de los dos.

— Pero ellos llegarían al asteroide, en una astronave, supongo.

— Propia, no. Una mixta, de pasaje y carga, les condujo hasta las inmediaciones del asteroide, desembarcándoles con su equipo y provisiones en una auxiliar, que luego regresó a la principal.

— Entiendo. ¿Qué encontró la patrulla de investigación?

— El campamento abandonado, pero ni rastro de los dos hombres.

— ¿Ni siquiera sus cadáveres?

Joan inspiró con fuerza.

— Ni siquiera eso —contestó tristemente.

CAPÍTULO IX

Después de aquellas palabras, se produjo un ligero silencio. Dan tenía una cafetera sobre un infiernillo con la llama al mínimo y llenó dos tazas.

En aquel momento llamaron a la puerta. Joan se levantó con presteza.

— Yo abriré, Dan.

Era el detective. Rowels venía un tanto sucio, pero satisfecho.

— Creo haber encontrado una pista —anunció.

— ¡Espléndido, Mas! —Dan sonrió—. Te tirarás a fondo en la minuta de honorarios.

— Me lo merezco — admitió Rowels alegremente.

— Y también una taza de café — dijo Joan, sirviéndosela.

— Bueno, pero ¿por qué no hablas de una vez? — exclamó Dan, hirviendo en impaciencia.

— El trabajo se hizo a unos treinta metros de profundidad, en la roca viva. — Rowels tomó un sorbo de café—. La cota se refiere tomando como nivel el suelo del asteroide, una vez explanado para la excavación de cimientos.

— Muy bien. Adelante, Max.

— Se hizo allí una excavación de forma absolutamente cúbica. Treinta por treinta por treinta, y luego se instaló una maquinaria especial cuyos soportes estaban hundidos directamente en el suelo otros cinco metros más.

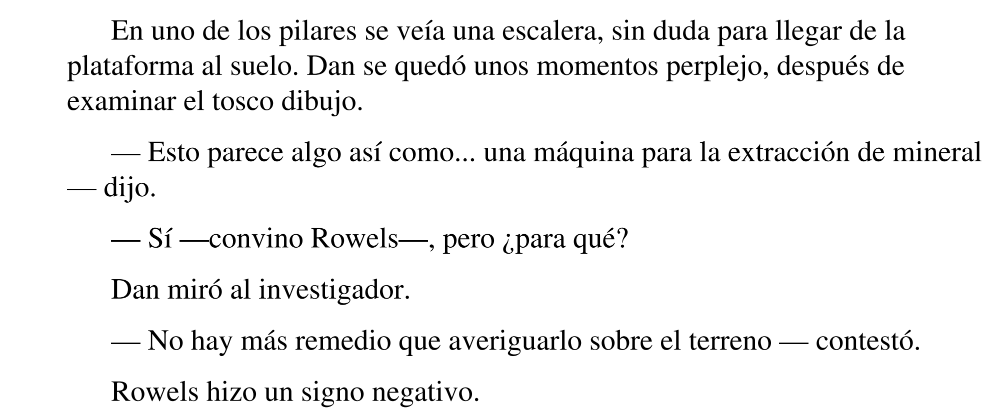
— Eso evitará vibraciones cuando funciona la maquinaria — dijo Dan.

— Así lo creo yo también. Encontré algunas notas y un diseño en casa del pobre Aldo Guissani. Aquí están.

Rowels sacó del bolsillo unos papeles, que Dan examinó rápidamente.

El diseño trazado por Guissani era muy burdo, pero, aun así, daba una clara idea del objeto que se había intentado reproducir. En síntesis, tratábase de una gran plataforma, sustentada por cuatro pilares, hundidos profundamente en el suelo.

En el centro de la plataforma se veían cinco tubos que, a juzgar por el dibujo, debían poseer alguna flexibilidad y que se hundían asimismo en el suelo, muy juntos y en el centro del artefacto. Otro tubo, algo más grueso que los restantes, sobresalía de la parte superior de la plataforma y se perdía en las alturas.



En uno de los pilares se veía una escalera, sin duda para llegar de la plataforma al suelo. Dan se quedó unos momentos perplejo, después de examinar el tosco dibujo.

— Esto parece algo así como... una máquina para la extracción de mineral — dijo.

— Sí —convino Rowels—, pero ¿para qué?

Dan miró al investigador.

— No hay más remedio que averiguarlo sobre el terreno — contestó.

Rowels hizo un signo negativo.

— No cuentes conmigo para un viajecito de esa clase —dijo—. Soy terrestre furibundo. El espacio me da náuseas. Sé que es precioso, que se contemplan unos hermosos panoramas..., pero me siento maravillosamente con los pies anclados en tierra firme.

— Usas un aeromóvil, creo — sonrió Dan.

— Eso es muy distinto — alegó el detective —. Hice una vez un viaje al espacio. Me vi suspendido en un lugar donde todo era arriba y todo era abajo al mismo tiempo. Aquella noche soñé que me caía y la caída no tenía fin. Me costó un mes de internamiento en una clínica para enfermedades nerviosas. No quiero repetir la experiencia, Dan.

— Max no es el primero en sufrir de alergia al espacio — intervino Joan.

— No te obligaré a que vengas, Dan. Ya nos arreglaremos Joan y yo como podamos. De todas formas, gracias por tu ayuda en tierra firme.

Rowels hizo una mueca.

— Aquí, cuando vuelo en mi aeromóvil, miro hacia arriba y veo el cielo. Abajo está el suelo. Los puntos de referencia están claramente delimitados. Arriba es arriba y abajo es abajo. No siento el menor vértigo, pero... en el espacio... —Rowels se estremeció—.

Todavía sueño a veces y paso un mal rato, créanme.

— De acuerdo — sonrió Dan.

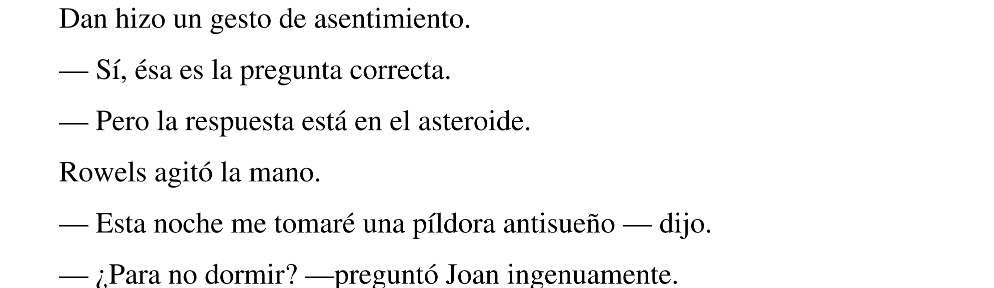
— ¿Qué dicen los otros papeles? —preguntó la chica

— Son notas de trabajo, apuntes apenas sin importancia — contestó Dan —, Lo verdaderamente importante es el dibujo.

— Sí, una máquina para extraer minerales. ¿Qué clase de minerales?

Joan fijó la vista en el joven.

— Dan, ¿no le parece que la pregunta quedaría mejor formulada si dijera para qué quiere el doctor Kolb esos minerales?



Dan hizo un gesto de asentimiento.

— Sí, ésa es la pregunta correcta.

— Pero la respuesta está en el asteroide.

Rowels agitó la mano.

— Esta noche me tomaré una píldora antisueño — dijo.

— ¿Para no dormir? —preguntó Joan ingenuamente.

— Todo lo contrario: para dormir sin soñar — rió el detective—, ¡Buen viaje, pareja! —se despidió.

Dan agitó la mano.

— Gracias una vez más, Max — contestó.

Miró a Joan y lanzó un suspiro.

— Vamos a necesitar mucha suerte — añadió.

— Espero tenerla — contestó ella sencillamente.

* * *

La *Spaceways Plutter & Co.* tenía un sector claramente delimitado en el astropuerto, donde sus naves eran revisadas y sometidas a las operaciones de mantenimiento y reparación, además de realizar allí la carga y descarga. El aeromóvil en que viajaban Dan y Joan aterrizó en la explanada de estacionamiento y luego los dos, a pie, con sendos maletines en la mano, se dirigieron hacia las oficinas.

Un hombre salió al encuentro cuando les vio llegar. Era Fred Slade, el jefe de astropuerto.

— ¿Cómo está, señor Plutter? Tengo ya todo a punto para su partida — anunció —. Sólo falta el permiso de la torre de control.

— Gracias, Fred. Le presento a la señorita Funkel. Joan, éste es Fred Slade, mi jefe de astropuerto.

— Encantada — dijo Joan.

— Es un placer, señorita. Patrón — dijo Slade —, tiene que venir a las oficinas a firmar los documentos de salida.

Dan miró perplejo a su empleado.

— Creí que había dicho que todo estaba listo, Fred — alegó.

— Insisto en que debe firmar, señor.

Dan vio algo en la cara de Slade que le convenció de aceptar su recomendación. Tomó por el brazo a Joan y caminó junto a Slade, quien se había hecho cargo del maletín de la muchacha.

Doblaron una esquina. Había allí un hombre parado, fumando un cigarrillo, pero Dan no se fijó en él.

La puerta de acceso a las oficinas estaba a pocos pasos. Dan y la chica entraron en el despacho del jefe de astropuerto.

— Fred — dijo Dan, apenas se hubo cerrado la puerta tras ellos —, aquí pasa algo. Ordinariamente, para despachar una nave, basta con su firma.

— Es cierto, señor Plutter, pero no quería que nos oyesen. Hay un tipo espiándonos desde hace veinticuatro horas.

Joan lanzó una exclamación. Dan apretó los labios.

— ¿Un espía?

— Sí. Se han relevado de cuando en cuando, pero siempre han sido dos. El primero me hizo unas preguntas sin trascendencia y yo las contesté. Luego vi que se quedaba huroneando aquí y allá, aunque no en zona prohibida, desde luego. Le perdí de vista, volví a verle y habló con otro tipo. El primero se marchó y el segundo se quedó. Luego sucedió a la inversa... y así desde ayer a poco de amanecer.

— ¿Dónde está ese tipo? —preguntó Dan.

Slade se puso un dedo en los labios.

— Lo tenemos al lado, en la misma esquina.

Dan chasqueó los dedos.

— Ahora lo recuerdo —dijo. Sus ojos brillaron de pronto—. Déjenme actuar.

— Sí, señor.

— Voy a salir. Fred, abra usted la ventana del despacho, sin hacer ruido. Del resto me encargo yo.

— Está bien, señor.

Joan lanzó una exclamación:

— ¡Cuidado, Dan! —advirtió—. Puede estar armado. Recuerde a Paco.

— No dejo de tenerlo en cuenta un solo momento —contestó él, al mismo tiempo que abría la puerta del despacho.

Salió a la explanada y dobló hacia su izquierda. Caminó tranquilamente, silbando con aire intrascendente. El espía continuaba en el mismo sitio, a cuatro pasos de la ventana.



Dan llegó a la esquina. De pronto, giró en redondo y se encaró con el sujeto.

— ¡Mire! ¡Un buey que vuela! —exclamó, a la vez que alzaba el brazo izquierdo.

El espía cayó instintivamente en la trampa y levantó la vista un segundo. Luego, al darse cuenta de la broma, soltó una maldición.

— No, los bueyes no vuelan —sonrió Dan—. Pero tú sí puede que vueles, pajarraco.

Y, al mismo tiempo que hablaba, hundía el puño izquierdo en el estómago del sujeto, de cuyos labios se escapó un gruñido de dolor.

El filo de la otra mano se abatió sobre una nuca situada en tentadora posición. Dan tuvo tiempo de recoger en sus brazos al espía, antes de que cayera al suelo.

Acto seguido lo arrastró hacia la ventana. Slade le ayudó a meterlo en el despacho, dejándolo luego sobre un sillón. Dan miró a la chica y le guiñó un ojo alegremente. Ella contestó juntando en círculo el pulgar y el índice.

CAPÍTULO X

En los bolsillos del prisionero hallaron un minúsculo aparato emisor de radio. El receptor correspondiente estaba sujeto tras el pabellón auricular izquierdo.

La documentación figuraba a nombre de Tibor Qârr, de profesión, empleado. Figuraba asimismo el domicilio, pero ningún otro dato de importancia.

Slade vino con una jarra llena de agua, cuyo contenido arrojó a la cara del prisionero. Qârr se agitó, tosió, escupió y lanzó un par de juramentos. Luego quiso ponerse en pie.

Dan lo frenó con un hábil uso del antebrazo. Qârr se puso a llorar, mientras contenía con un pañuelo la sangre que le brotaba de la nariz.

— ¿Por qué me pegan? —gimió—. Yo no les he hecho nada malo...

— Estaba vigilándonos, Qârr —afirmó Dan—. ¿Por orden de quién?

El prisionero hizo un gesto negativo. Dan no se inmutó.

— ¿Ha oído hablar de un tal Paco Jiménez? —preguntó—, Le clavaron un cuchillo en la espalda. Probablemente, por orden de la misma persona para la cual trabaja usted.

Qârr se impresionó muchísimo al oír aquellas palabras.

— ¿Un... asesinato? —balbuceó.

— Es la palabra exacta — confirmó Joan.

Qârr se puso pálido.

— ¡Demonios! —masculló—. Yo no creía que la cosa fuese tan grave.

— No es la primera muerte violenta — dijo Dan—. Vamos, conteste de una vez.

Está bien, no quiero líos — cedió el prisionero —. Solamente tengo orden de vigilarles a ustedes y anunciar su despegue.

— ¿Quién le dio esa orden?

— Mi jefe, el director de la agencia Rhystland.

— ¿Investigaciones?

— Sí.

— ¿Qué más le dijo, Qârr?

— Solamente eso. Estábamos otro agente y yo para relevarnos en la vigilancia. Teníamos que comunicarle el momento del despegue, simplemente.

Dan se mordió los labios un segundo. El sujeto parecía sincero.

Probablemente, se dijo, era un tipo cualquiera, sin importancia al que no merecía la pena tener al corriente de ciertos secretos. Para Qârr, bastaba con enviar el informe requerido en el momento adecuado.

Pero aquello no acababa de gustarle. Dan sentía cierta vaga aprensión, que no podía definir exactamente.

De repente, concibió una idea.

— Fred, comuníquese con la torre de control y solicite un retraso de dos minutos en el despegue.

— De acuerdo.

— ¿Por qué hace eso, Dan? —preguntó la muchacha.

— Se lo explicaré luego, Joan —contestó él evasivamente.

Slade tuvo la respuesta de la torre momentos más tarde.

— Sólo le conceden ochenta segundos, jefe — anunció —. No pueden retrasar más el momento del despegue, so pena de anularlo por todo el día de hoy, sin garantía de una hora fija para mañana.

Dan suspiró.

— Menos es nada — aceptó —. Hay aquí demasiado tráfico.

Se acercó al fonovisor y marcó un número. La cara de Rowels apareció a poco en la pantalla.

— Max, quiero encomendarte una gestión —dijo.

— Adelante, Dan.

— Investiga la agencia Rhystland. Cuando tengas informes, comunícate con Fred Slade, el jefe de astro-puerto de mi compañía. Él te pondrá en contacto conmigo.

— Entendido, Dan.

— Muévete con cuidado, Max —aconsejó el joven—. Tengo vivas sospechas de que Rhystland está relacionado con el asesinato de Paco Jiménez.

— Lo tendré presente, Dan. Gracias por la advertencia.

Dan cortó la comunicación y miró a Slade.

— Fred, la señorita Funkel y yo nos vamos. Quédese aquí con este tipo y

oblíguele a que comunique a Rhystland, por medio de su emisor, que nuestro yate espacial sale a la hora acordada en principio, no ochenta segundos más tarde. ¿Entendido?

— Así se hará, jefe —contestó Slade.

Dan miró al prisionero.

— Y de este modo — concluyó —, se verá libre de cualquier cargo por complicidad en un asesinato. ¡Vámonos, Joan!

* * *

El yate espacial despegó sin inconvenientes.

— ¿Qué es lo que temía usted, Dan? —preguntó Joan, una vez en órbita libre.

— Sigo temiéndolo — contestó él.

— ¿Un atentado?

— No me extrañaría en absoluto.

Joan contempló con aprensión el negro espacio que se abría ante ellos, eternamente silencioso, constelado por infinidad de puntitos luminosos de todos los colores.

— Un atentado —repitió pensativamente—, ¿De qué clase?

El yate parecía un bólido disparado a velocidades inconmensurables. Dan mantenía el rumbo con pulso firme, atento a los instrumentos del cuadro de mandos, que le indicarían el momento de haber alcanzado, la velocidad y el rumbo adecuados, para conectar entonces el piloto automático.

Transcurrió una hora. La órbita: de la Luna quedó atrás.

La aguja del velocímetro horario señalaba la cifra cuatrocientos. Ya volaban a cuatrocientos mil kilómetros por hora.

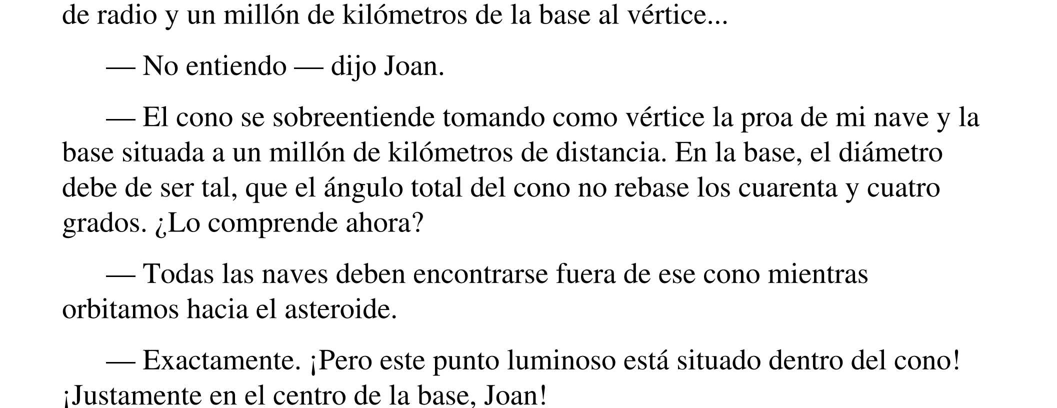
La velocidad fue aumentando gradualmente. Tres horas después del despegue, habían alcanzado la cifra 1.000, que significaba un millón de kilómetros hora.

De repente, se vio brillar un punto en la pantalla del radar.

— Ya lo tenemos ahí — dijo Dan.

— ¿Qué sucede? — preguntó ella.

— Según el plan de vuelo, no debo encontrarme con ninguna astronave en la ruta señalada. Sólo puedo detectarlas fuera de un cono de veintidós grados



de radio y un millón de kilómetros de la base al vértice...

— No entiendo — dijo Joan.

— El cono se sobreentiende tomando como vértice la proa de mi nave y la base situada a un millón de kilómetros de distancia. En la base, el diámetro debe de ser tal, que el ángulo total del cono no rebase los cuarenta y cuatro grados. ¿Lo comprende ahora?

— Todas las naves deben encontrarse fuera de ese cono mientras orbitamos hacia el asteroide.

— Exactamente. ¡Pero este punto luminoso está situado dentro del cono! ¡Justamente en el centro de la base, Joan!

La chica se llevó una mano al pecho, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón. El puntito luminoso chispeaba con intermitencias cada vez más rápidas en la pantalla.

De repente, un enorme fogonazo disipó las tinieblas del firmamento. Fue un resplandor intensísimo, de siniestra belleza multicolor, que se apagó a los pocos segundos.

Dan sonrió.

— Ha sucedido tal y como yo había esperado — dijo.

— ¿Qué ha sido eso, Dan? —preguntó Joan, todavía atemorizada.

— Se puede llamar de muchas maneras — contestó él—. En resumen, una bomba accionada por radio en el momento y hora adecuados... para el que la ha hecho explotar ochenta segundos antes de lo esperado, claro.

— Por eso pidió usted dos minutos de retraso.

— Sí. Sólo me concedieron ochenta segundos, pero fue suficiente para eludir los efectos de la explosión. De haber salido a la hora indicada, el estallido nos habría despedazado.

— Y... y eso... ¿ha sido tramado por el doctor Kolb?

— Mucho me temo que sí, Joan. Kolb quiere mantener su secreto a toda costa y luchará fieramente por evitar su divulgación. Incluso recurriendo a los procedimientos más reprobables, como ha tenido usted ocasión de comprobar.

Mientras hablaba, Dan manipulaba en los instrumentos del tablero de mando. Joan contempló en silencio sus acciones, sin atreverse a interrumpirle con preguntas inoportunas.

Pasados unos minutos, Dan dio media vuelta a un interruptor. Dos voces sonaron alternativamente.

Dan escuchó unos momentos y luego cerró el conmutador.

— Esto no es — dijo.

— ¿Qué es lo que busca? —preguntó Joan.

— Aguarde unos minutos, por favor.

Dan continuó pacientemente su labor. Al cabo casi de un cuarto de hora se oyó una voz:

— Rhystland llama a VVI-46... Rhystland llama a VVI-46... Conteste, VVI-46...

La llamada se repitió varias veces. Al fin, se oyó la respuesta.

— Adelante, Rhystland — sonó una voz de tonos carraspeantes —. Informe de novedades.

— Su encargo cumplido, VVI-46. Curiosos han desistido viaje por avería máquina.

— Entendido, Rhystland. Gracias.

— Espere un momento, VVI-46. Gracias por... las gracias, pero me gusta que me expresen el agradecimiento de una forma... digamos sólida.

— Entendido, Rhystland. Está en camino una remesa de agradecimiento sólido. Valor, ciento cincuenta mil.

— Ahora sí admito las gracias —dijo Rhystland riendo —. Diviértase, VVI-46.

Dan cerró el conmutador y se reclinó el asiento.

— Bueno, ya hemos captado una excelente noticia — dijo —. La noticia de mi muerte.

— ¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Joan, admirada.

— Puse en funcionamiento todos los receptores en las distintas frecuencias —explicó Dan—. Las conversaciones que oyó usted anteriormente eran de servicio. Esperaba que se produjera alguna que informase de la explosión.

— Y se produjo.

— Usted lo ha oído —contestó él, satisfecho—. Imagino que Rhystland debía de tener algún detector en alguna parte que le informó de la explosión. Como, según el plan orbital y el horario, nosotros teníamos que haber pasado por ese punto en un momento determinado y la explosión se produjo en el instante deseado por Rhystland, la deducción es obvia.

— Estamos muertos.

— Para Kolb y Rhystland, sí.

Joan lanzó una carcajada.

— Será divertido ver la cara que pondrá Kolb cuando nos vea aparecer por su castillo.

— Le aseguro que él no se divertirá en absoluto, Joan. Y puede que la estancia en el VVI-46 no sea motivo de diversión para nadie.

Joan se quedó muy pensativa.

— Dan, hay una cosa que me preocupa mucho — dijo.

— ¿Qué es, muchacha? — preguntó él.

— La máquina extractora de minerales. ¿Qué saca del asteroide?

— Tendremos que aguardar a que nos lo explique el doctor Kolb — respondió Dan—. Una cosa hay segura, y que también me preocupa a mí, es que parece disponer de fondos ilimitados. ¿De dónde diablos puede sacar tanto dinero?

Callaron. Ninguno de los dos tenía respuesta para aquella interrogante.

CAPÍTULO XI

Una voz brotó alarmada a través del altoparlante:

— ¡Dan! ¡Dan! ¿Estáis bien?

— Hola Max — sonrió el joven—. Sí, estamos perfectamente. ¿Que te asusta?

Rowel lanzó un profundo suspiro de alivio.

— ¡Uf! ¡Que peso se me quita de encima! ¡Ese bribón de Rhystland me dijo que estabais muertos!

— Eso es lo que él y Kolb creen—contestó Dan. Explicó lo ocurrido y luego preguntó —: ¿Qué ha dicho Rhystland?

— Primero, es, en efecto, una agencia de investigación, pero con una fama pésima. Se dedica a todo ¿sabes?

— Incluso al asesinato.

— En efecto. Rhystland no lo ha admitido abiertamente, aunque sí ha dado entender que uno de sus «empleados» fue el que se cargó al pobre Paco Jiménez.

— Muy bien. ¿Qué más?

— Rhystland se mostró cínico y desenfadado conmigo. Conozco a esa clase de tipos y sé cómo tratarlos, Dan.

— ¿Y...?

— Le chafé las narices y perdió buena parte de su desenfado. Admitió trabajar en la Tierra para el doctor Kolb. Le hace todos los encargos que éste le pide, bien remunerados, por cierto.

— Me lo imagino, Max. Sigue, por favor.

— Kolb le ordenó una vigilancia especial sobre Joan, incluso llegando a la eliminación física si ella se mostraba digamos indiscreta en demasía.

— Entiendo. ¿Qué más?

— Bueno, ya no le pude sonsacar demasiado. Se cerró en banda. Está muy comprometido, Dan.

— Desde luego.

— Él se rió mucho cuando me dijo que os habíais ido al infierno. ¿Cómo lo has evitado, Dan?

— Recelé algo cuando capturé a uno de sus espías en el astropuerto. Por eso despegué ochenta segundos más tarde.

— ¿Fue suficiente?

— Hubo un margen de tres mil kilómetros de seguridad. No se puede enviar al espacio una bomba de un radio de acción superior sin levantar muchas sospechas, Max. Pero si hubiéramos zarpado a la hora señalada, nos habríamos encontrado a menos de cien kilómetros del centro de ignición.

— Comprendo. Bueno, de todas formas, Rhystland dejará de trabajar durante una buena temporada, Dan.

— ¿Qué le has hecho, Max?

—Vino conmigo un amigo oficial de policía y escuchó la conversación escondido en un lugar conveniente. Figúrate el resto.

— Sí, me lo imagino —sonrió Dan—. ¿Algo más?

— Ah, una cosa muy interesante, creo. Kolb le pagaba en lingotes de oro puro.

— «Agradecimiento sólido», recordó Dan.

— Es una interesante noticia, en efecto — convino.

— ¿De dónde diablos sacará Kolb el oro? —preguntó Rowels.

— A ver si es plomo pintado de purpurina... —rió Dan.

— ¡Diablos, no! Yo mismo he tenido un lingote en las manos y conozco bien el oro. No hay duda al respecto, Dan.

— Bueno, no tardaremos mucho en saberlo.

— Espera un momento — pidió Rowels —. Me asalta una duda. ¿No estará oyéndonos ese condenado doctor?

— Puede, pero no entenderá nada, Max.

— ¿Cómo?

— Tus palabras y las mías son codificadas en sendas máquinas, que las lanzan al espacio en una clave especial para mi compañía. Al llegar al receptor, la clave es traducida automáticamente.

— ¡Pero yo te estoy hablando desde mi propio despacho, Dan!

— Sí, cierto, aunque a través de la codificadora de mi empresa.

— ¡Qué cosas! —dijo el detective—. Nunca puedo acostumbrarme a determinados aspectos de nuestra civilización. A veces pienso que soy un tipo anticuado.

Dan se echó a reír.

— A muchos les pasa igual, Max. Bien, hasta la vista.

— Adiós, Dan.

El joven cortó la comunicación y se reclinó en su asiento.

— Interesantes noticias, ¿no le parece, Joan?

— En conjunto, así podrían definirse — respondió la muchacha—. Pero ¿qué me dice usted del oro?

— Sí, es cierto. El oro. ¿De dónde lo sacará Kolb?

— Max también ha formulado la misma pregunta. ¿No se le ocurre a usted una respuesta?

— Ninguna, Joan —.confesó Dan.

Ella se quedó pensativa un momento.

— Pudiera ser que mi padre y González hubieran encontrado una buena veta en el VVI-46 —apuntó.

— Y Kolb la habría puesto en explotación para financiar sus experimentos.

— En efecto, Dan.

— Es posible —admitió el joven—. Todo eso lo sabremos, espero, cuando lleguemos al asteroide, pero... ¿no dejó su padre ninguna nota escrita sobre lo que había allí?

— No, Dan, ni tampoco me dijo nada. Por otra parte, yo estudiaba entonces en la Universidad y nos despedimos a distancia. Dijo que era un buen asunto... y eso es todo. Durante un tiempo tuve noticias suyas periódicamente... hasta que dejé de recibirlas.

— Espero que dentro de poco se descubra el misterio de las dos desapariciones —deseó Dan.

— ¿Cuánto tardaremos en llegar al VVI-46? —preguntó ella.

— A la velocidad que llevamos, tardaremos tres días en alcanzar el punto de deceleración. De aquí al aterrizaje, cuente cinco o seis horas como mínimo.

Joan suspiró.

— Será preciso armarse de paciencia —dijo.

— No nos queda otro remedio — sonrió él.

* * *

La pantalla conectada al telescopio mostraba en todos sus detalles la sombría mole del castillo.

El edificio se alzaba en la cúspide de una colina rocosa, muy prominente, rodeada de montes de cimas escarpadas y barrancos de profundidad insondable. A dos millones de kilómetros de distancia, la definición de imagen era de una exactitud sorprendente.

La cumbre de la colina había sido allanada lo suficiente para permitir la excavación de un anchuroso foso de agua que contorneaba el castillo por completo. Joan se sentía pasmada al contemplar el espectáculo.

A Joan le parecía que el castillo pertenecía a algún señor feudal, a alguno de los barones ladrones de la Europa Central, que, en el medioevo, sojuzgaban a su arbitrio a la comarca y llenaban de terror los caminos. Las elevadas torres, muchas de ellas rematadas por agudas cúspides, y los muros almenados, contribuían a acentuar semejante impresión.

Dan llegó con dos tazas de café y entregó una a la muchacha.

— ¿Todavía no ha terminado de contemplarlo? — preguntó.

— No me cansaría nunca — respondió ella al aceptar la taza—. Dentro de su siniestro aspecto, posee una belleza llena de magnificencia, que lo convierte en un espectáculo que no fatiga nunca.

— Sí, es cierto — convino Dan —. Resulta preciso admitir que el arquitecto Harkane hizo un buen trabajo.

— Hay una cosa que me intriga sobremanera, Dan. Todavía no he conseguido explicármelo.

— ¿De qué se trata, Joan?

— El foso. Está lleno de agua.

— Así es, Joan.

— Pero ¿cómo se mantiene el agua en un ambiente en el que no hay atmósfera?

— No es agua, sino hielo. Desde aquí, produce esa sensación — contestó él.

— ¿De veras?

— Hombre, yo lo creo así, Joan.

Ella dejó la taza vacía a un lado y se acercó de nuevo a la pantalla. Manejó el mando de aproximación y consiguió un primer plano de la base de uno de los muros del castillo, justamente donde la piedra labrada desaparecía bajo el agua.

— Eso que está viendo, ¿es hielo, Dan?

El joven contempló la imagen durante unos segundos. Aunque la superficie del agua parecía un espejo, se observaban, sin embargo, unas ligerísimas ondulaciones que no dejaban lugar a dudas sobre un proceso de movimiento en el interior del líquido.

— ¡Demonios! —exclamó—. ¡Es agua!

Joan sonrió satisfecha.

— Agua que no está helada. ¿Cómo la mantiene así el doctor, en un medio ambiente donde no hay aire y la temperatura roza los doscientos setenta y tres grados negativos? Y, sobre todo, ¿por qué no se escapa al vacío, debido a la prácticamente inexistente gravedad del asteroide?

Dan se pasó una mano por la frente.

— No sé... Ese doctor Kolb debe de ser el mismísimo diablo...

— O quizás ha hecho un pacto con el diablo.

Dan lanzó un bufido.

— Eso sólo sucedía en la antigüedad y son leyendas— masculló.

— Bueno, cuando un científico hace experimentos de alguna clase y no los aplica al bien y, además, obtiene los resultados deseados, puede decirse que ha hecho un pacto con el diablo, aunque éste no se le haya presentado en la forma visible que exige la tradición.

— ¡Hum! Sólo nos faltaría esto. Kolb... podría ser el doctor Fausto y Mefistófeles debe venir a vigilarle de cuando en cuando.

— No me extrañaría en absoluto que así fuera — declaró la muchacha.

Dan emitió un gruñido.

— No estamos en una época apta para creer en semejantes paparruchas — dijo.

Y se sentó ante el cuadro de mandos.

— ¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Joan.

— Estamos a la vista del castillo. Si queremos llegar a él, tendremos que aterrizar en el hemisferio opuesto.

— Eso significa que luego habremos de caminar a pie hasta alcanzar el castillo.

— Exactamente, Joan.

— Pero la distancia es muy grande...

— El eje menor mide tan sólo dieciocho kilómetros, de modo que no será

tanto como usted cree. ¿Conoce el manejo de los trajes de vacío?

— Imperfectamente, pero creo que sabré llevarlo.

— Ahora tendrá ocasión de aprenderlo —dijo Dan, mientras iniciaba la maniobra de cambio de rumbo.

CAPÍTULO XII

Lentamente, de una manera casi insensible, la pequeña astronave fue acercándose a la rugosa superficie del asteroide. Cuando faltaban unos veinte metros, Dan disparó los cables de anclaje.

Dos arpeos, con perforadora automática, se clavaron en la roca. La barrena taladró unos sesenta centímetros en el suelo y luego se desplegaron los brazos que aseguraban el amarre del yate espacial.

Los molinetes entraron en funcionamiento, acercando la nave al suelo. A unos cincuenta centímetros, Dan paró las máquinas y el aparato se estabilizó horizontalmente.

— Hemos llegado — anunció.

Joan contemplaba el paisaje a través de una lucerna. La orografía del asteroide era una atormentada e inacabable sucesión de colinas, cerros y barrancos, donde apenas se veía una superficie lisa

— Es horrible... y maravilloso a la vez — murmuró

— Sí, pero ya podrá seguir viéndolo más adelante — dijo él, al mismo tiempo que la agarraba por un brazo—. Venga a ponerse el traje de vacío.

Las escafandras se hallaban en el vestuario. Dan ayudó a la muchacha a equiparse y le dio las instrucciones precisas para el manejo de la radio, el oxígeno y la unidad calorífera.

— ¿Tendremos suficiente? —preguntó ella, señalando las botellas que Dan se disponía a colgarle a la espalda.

— Llevaré dos equipos de repuesto. De todas formas, cada equipo proporciona diez horas de respiración. Pueden cambiarse sin dificultad en el espacio, siempre que la maniobra se haga rápidamente, claro.

Minutos más tarde, Dan y la chica abandonaban la astronave. Joan alargó el pie, en su ansia por llegar cuanto antes al objetivo, y se encontró de repente a cinco metros del suelo.

— No tome tanto impulso —rezongó él a través de la radio— o se encontrará sin desearlo en medio del espacio. Recuerde que la gravedad, aquí, es prácticamente nula.

Joan descendió con enorme lentitud. Al llegar al suelo, dijo:

— Tendré que acostumbrarme a este ambiente. Sólo he llevado escafandra un par de veces y fue en Marte, donde la gravedad es mucho más acentuada. Lo siento, Dan.

— No se preocupe —replicó él—. Es cuestión de experiencia.

— Usted sí la tiene, ¿no?

— Fui piloto de astronave muchos años y efectué desembarcos en lugares menos atractivos todavía que este asteroide.

— Lo cual no deja de ser una exageración, porque no creo que haya nada menos agradable que el VVI-46 — dijo Joan, mientras adelantaba un pie con muchísimo cuidado.

* * *

La mole del castillo se alzaba sobre ellos, a unos doscientos metros de altura. A su derecha tenían un camino que ascendía serpenteando por las abruptas faldas del cerro.

Joan pegó su casco al de Dan.

— ¿Nos verán desde arriba? —preguntó.

— Procuraremos evitarlo. «Hemos» de evitarlo — contestó Dan resueltamente.

— Desde luego, el doctor Fausto... digo Kolb, no se pierde detalle. Incluso está el sendero que conduce al castillo...

Dan sonrió.

— Las naves de suministro deben de aterrizar en el valle. Las mercancías seguramente son transportadas en vehículos terrestres, con cabina estanca.

— Eso lo explica todo. Bien, sigamos.

Joan separó el casco del de su compañero. Dan le había ordenado cerrar la radio hacía ya un buen rato.

— Cuando tenga que decirme algo, junte su casco con el mío. Los sonidos se transmitirán por simple contacto de escafandra a escafandra. Ahora hemos llegado ya a un lugar donde las ondas de radio podrían ser captadas desde el castillo.

Iniciaron la ascensión, guareciéndose en los salientes más acentuados. A veces veían alguna ventana iluminada. Dan calculaba que, pese a su aspecto externo, el castillo debía de ser estanco por completo, con una presión atmosférica normal en su interior, para evitar vivir continuamente en un traje espacial.

Minutos más .tarde, alcanzaban las proximidades de la explanada superior la que, apreció Dan, tenía una forma aproximadamente circular. El diámetro calculó que debía de ser de unos seiscientos metros.

El castillo se alzaba ante ellos, gravitando con la pesadumbre de su enorme mole, sombrío y amenazador. Había dos o tres ventanas con luz, pero, de pronto, las luces se apagaron y el interior del castillo quedó sumido en las tinieblas.

Dan se puso en pie y avanzó unos pasos. De repente, se encontró rechazado por una fuerza irresistible que lo lanzó de espaldas al suelo.

Aturdido, contempló la explanada al otro lado del cual y a unos trescientos pasos de distancia se veía el borde del foso. ¿Qué fuerza misteriosa le impedía seguir adelante?

* * *

Joan lanzó un agudo grito al ver caer a Dan y corrió en su auxilio. Dan se puso en pie sin necesidad de que la muchacha le ayudase.

— Estoy bien —dijo—. Por fortuna, el golpe no ha sido muy fuerte.

— ¿Qué es lo que le ha rechazado, Dan? — preguntó ella, tremendamente desconcertada.

— Pues... no tengo la menor idea, la verdad. Pero voy a hacer otra prueba.

— No —empezó a decir ella, pero Dan ya había separado su casco del suyo y se disponía a actuar.

Para sorpresa de la muchacha, Dan no intento continuar, sino que se agachó y buscó una piedra, que en seguida lanzó hacia delante.

Algo invisible rechazó la piedra, que cayó al suelo con notoria lentitud. Dan frunció el ceño

Se adelantó unos pasos, recogió la piedra de nuevo y retrocedió.

El proyectil salió disparado por segunda vez. Dan y Joan pudieron ver claramente que su marcha era frenada por aquella fuerza invisible y que la hacía rebotar de nuevo.

Pero, al mismo tiempo, Dan pudo apreciar algo de gran interés. ...

Desde el momento en que se iniciaba el frenado de la trayectoria de la piedra hasta su detención total una fracción de segundo antes de comenzar el movimiento inverso, la trayectoria era de unos dos metros.

— Algo sumamente elástico... —murmuro.

Agarró un tercer pedrusco y contuvo un instintivo movimiento con la mano. Sopesar un objeto en el asteroide carecía de interés.

Tomó impulso. La piedra fue disparada con todas sus fuerzas.

Dan y la chica vieron claramente el frenazo que la barrera causaba a la piedra, pero esta vez no fue devuelta, sino que pasó al otro lado. Hubo un poco de humo blanco y luego todo volvió a la normalidad, a piedra quedó a cinco o seis metros de la barrera. Dan sonrió y movió la mano.

Joan acercó su casco. Dan dijo:

— Voy a intentar pasar al otro lado. Usted me seguirá cuando lo haya conseguido yo, pero ejecutando exactamente las mismas maniobras. ¿Entendido?

— De acuerdo.

Dan retrocedió varios pasos. Inspiró profundamente, tomo impulso y echó a correr a toda velocidad.

A cuatro cinco pasos del lugar que estimaba se hallaba la barrera invisible, juntó los pies, tomó impulso y se lanzó hacia delante con todas sus fuerzas como si fuera a zambullirse en un río.

Chocó con la barrera. Notó la resistencia que le oponía, oyó unos extraños silbidos, pero, de pronto se encontró rodando por el suelo al otro lado.

Se puso en pie en seguida. Movió ambas manos como indicando a Joan que le imitara. La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

Joan saltó en el momento oportuno y consiguió atravesar la barrera. A Dan le extrañó sobremanera que, cada vez que un cuerpo cruzaba aquel obstáculo se produjese una nube de humo blanco

Pero de repente, se le heló la sangre en las venas.

Joan había caído al suelo, menos liso de lo que aparecía visto desde el exterior. Una de las perneras del pantalón se había enganchado en alguna arista y en aquel punto se había producido un desgarrón.

Un terrible pensamiento cruzó por su mente: ¡Joan iba a morir por descompresión, al quedarse sin aire en el interior de su traje!

* * *

La muchacha notó también el desgarrón y se sintió atacada por un pánico espantoso. Sus manos fueron a la pernera del pantalón, en un intento supremo de contener el escape de aire.

Pero el desgarrón tenía más de veinte centímetros de longitud. Imposible evitar la pérdida de aire.

Dan corrió hacia ella. Joan le miró con ojos suplicantes.

El joven apretó la pernera del pantalón por encima de la rodilla. ¿Conseguiría algo?

Era un remedio insuficiente. Joan estaba perdida sin remedio.

Pero, de pronto, Dan observó que la cara de la muchacha, salvo la palidez y el horror causados por la situación, no ofrecía en modo alguno los síntomas de la descompresión. Además, desde la caída de Joan hasta que advirtió el desgarrón había transcurrido, por lo menos, treinta segundos.

Y, por otra parte, no se había visto la humareda blanca que se habría producido inevitablemente al escaparse el aire de la escafandra.

Los ojos de Dan fueron hacia el punto por donde habían cruzado la barrera. Aquellos chorritos de humo...

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

— ¡Qué tonto, pero qué tonto he sido! — exclamó.

Y, obedeciendo a una súbita inspiración se quitó el casco del traje espacial.

Joan lanzó una exclamación. También ella comprendía la situación.

— ¡Hay aire, hay aire! — declaró.

Dan se arrodilló de nuevo y le quitó el casco.

— Sí, hay aire — confirmó —. La presión equivale a unos dos mil metros de altitud en la Tierra, pero, poseyendo un corazón sano, no podemos temer nada.

Joan se puso en pie.

— Entonces, esa barrera...

Dan recordó entonces que la explanada tenía forma circular.

— Hay una cúpula transparente, que mantiene una atmósfera bajo la presión adecuada — dijo—. El material de esa cúpula es totalmente transparente y, además, polarizado de modo que no sólo no refleje sino tampoco refracte la luz. Por eso no aparecía en las fotografías.

— Y por eso el agua no se congela. Dan, ¿qué temperatura debe de haber aquí?

— Unos veinte o veintidós grados, aproximadamente. Vamos a quitarnos los trajes espaciales; nos sentiremos más cómodos.

Dan tomó el casco que Joan tenía entre sus manos.

Hizo una falsa maniobra y el casco se le escurrió, yendo a caer sobre su pie izquierdo.

— ¡Ay! —gritó Dan, y empezó a dar ridículos saltitos sobre el otro pie—. ¡Por poco me lo aplasta...!

— Pero ¿cómo puede ser eso? —exclamó Joan—. La falta de gravedad es casi absoluta, Dan.

— ¿Falta de gravedad? —Dan dejó de saltar y la miró perplejo—. Pues poco ha faltado para que me machacara el pie. ¿Es que no ha visto usted con qué velocidad ha caído?

— Como si estuviese en la Tierra, ¿no? Pero aquí estamos en el VVI-46, Dan.

Hubo un momento de silencio. Luego Dan, volviendo la vista hacia el castillo, dijo:

— El doctor Kolb no se priva de nada. Atmósfera respirable, temperatura agradable, gravedad normal... Es un genio, no cabe duda.

— Habiendo hecho un pacto con el diablo, cualquiera es un genio, Dan — dijo la muchacha con jovial acento.

CAPÍTULO XIII

Estaban al borde del foso.

La anchura superaba los treinta metros. Era completamente infranqueable.

— A primera vista, claro — sonrió Dan.

Llevaba a la espalda una mochila, de la que sacó un artefacto semejante a una escopeta de ancho cañón. Metió un proyectil por la boca y dejó en el suelo un rollo de lo que parecía una cuerda fina y fuerte.

Uno de los extremos iba a parar al proyectil. Dan tomó puntería y dirigió la mirada a una de las ventanas situadas a unos diez metros sobre el foso.

Apretó el gatillo. El proyectil partió silbando y llegó a la pared. Una barrena automática se disparó instantáneamente y clavó una especie de ancla en la piedra.

Dan tomó luego el otro cabo de la cuerda. Lo ató a un segundo proyectil y se retiró lo suficiente para que hubiera tensión. Luego disparó el arma hacia abajo, anclando así la cuerda en el suelo.

Joan contemplaba todas las operaciones con infinita curiosidad. Pero Dan no había terminado todavía.

De la misma mochila extrajo un pequeño aparato, provisto de dos roldanas de polea en hilera, que colocó sobre la cuerda, a un metro y medio del suelo. Luego hizo que Joan se acercase.

— Esto es un teleférico en miniatura —dijo—. Se pone en marcha apretando el botón verde y se para cuando se presiona el de color rojo.

Ella le miró fijamente.

— Oiga, ¿también es usted amigo de Mefistófeles?

— ¿Del diablo? —Dan se echó a reír—. Oh, no, lo que pasa es que, sabiendo adonde veníamos, me equipé previamente. Yo subiré primero y cuando haya llegado a la ventana, le devolveré la máquina. ¿Entendido?

— Adelante, Dan.

El aparato estaba provisto de dos sólidas asas. Agarrado a una de ellas, Dan apretó el botón verde y la máquina se puso en funcionamiento instantáneamente.

Dan corrió varios pasos, asido al aparato, hasta que sus pies se separaron del suelo. La cuerda se combó bajo su peso, pero las roldanas tenían en su media luna interna unas rugosidades que facilitaban la adherencia incluso en

ángulos muy pronunciados.

El punto de anclaje estaba situado sobre el dintel de la ventana. Dan frenó justo en el momento en que sus pies rozaban el antepecho.

La ventana era alta y amplia, de trazado gótico, con dos arcos y una columna interior central. Por fortuna, el antepecho era horizontal, lo que le permitió mantenerse sin esfuerzo, merced al espesor de los muros, que se traducía en la correspondiente profundidad del vano.

Una vez alcanzado el objetivo, Dan reenvió la máquina hacia la muchacha. Cuando estuvo a metro y medio del suelo, Joan corrió tras ella hasta conseguir presionar el botón de parada.

Acto seguido, repitió la misma operación del joven. Momentos después, Dan alargaba una mano para ayudarla a poner los pies en el antepecho.

— Hemos llegado — dijo ella, satisfecha.

— Y hasta ahora, sin mayores inconvenientes. ¿Cómo puede ser que Kolb no tenga servicio de vigilancia en tomo al castillo?

— Se creerá seguro con sus detectores —opinó Joan.

Dan se volvió y tanteó la ventana. Estaba cerrada por su parte interior.

— Tendré que romper un vidrio — dijo.

— Lástima, son policromados y muy bonitos —se lamentó ella.

— Para Paco Jiménez, la vida era mucho más hermosa — murmuró Dan con gesto ceñudo.

Golpeó con el codo. Uno de los vidrios saltó. Dan pasó la mano por el hueco y buscó la falleba.

Abrió. Al otro lado sólo había tinieblas.

En su equipo llevaba una pequeña linternita, que le permitió ver el interior de una sala de regulares dimensiones, amueblada en un estilo acorde con la época del castillo. Dan saltó al interior y tendió una mano para ayudar a Joan a hacer lo mismo.

Al otro lado había una puerta de roble, ricamente tallada. A la derecha estaba el interruptor de la luz, hábilmente disimulado.

Dan se acercó a la puerta y la abrió con las debidas precauciones. Divisó un espacioso vestíbulo, ricamente adornado con tapices y armaduras, del que arrancaba una escalera que conducía a los pisos superiores.

Aquel capricho, pensó, debía de haber costado una ingente fortuna. Joan miró por encima del hombro de Dan. Había un par de lámparas encendidas, pero su luz, escasa, debido a la hora, sólo proporcionaba al ambiente una

penumbra poco agradable.

— ¿Seguimos? —sugirió ella.

Dan quiso contestar pero no pudo.

Algo se lo impidió. Un horrible alarido.

El lamento de un alma en pena. Una voz de ultratumba.

Dan pensó inmediatamente en algo que había oído muchos días antes: ¿Era verdad que rondaban el asteroide los fantasmas de Funk y González?

El lamento se repitió.

— *¡Haaaaannnnssss...! ¡Ven, ven, por favor! ¡Te estoy necesitando! ¡Haaaaaannnnnsssss...!*

* * *

Dan sintió que los pelos se le ponían de punta.

¿De dónde salía aquella voz de tonos tan gemebundos?

Súbitamente, antes de que ninguna de los dos jóvenes pudiera comentar nada, se oyeron pasos precipitados en el vestíbulo.

Un hombre surgió ante sus ojos, con una bandeja en las manos. Llevaba puesta una bata blanca, abierta, la que al correr ondeaba de un modo ridículo.

Joan reconoció inmediatamente al personaje.

— ¡Es el doctor Kolb! — exclamó.

— Se llama Hans, creo — dijo Dan.

Joan hizo un signo afirmativo.

— Entonces, ¿quién era el que le llamaba? — murmuró él.

— A mí me parece que la voz era de una mujer — contestó Joan.

Kolb atacó la escalera y subió corriendo al piso siguiente.

— Ya voy, ya voy, «palomita mía» — decía, sin dejar de mover las piernas —. Aguanta unos minutos más, en seguida calmaré tus dolores...

Dan y la muchacha cambiaron una mirada de extrañeza.

— ¿A quién diablos llamará «palomita»? — exclamó Joan.

— Bueno, podemos averiguarlo en seguida — dijo él, al mismo tiempo que abría la puerta.

Joan le siguió en el acto. Los dos corrieron sin hacer ruido y subieron la

escalera.

Había un corredor, aunque la escalera continuaba unos pasos más allá, para ascender a otros pisos más elevados. Pero cerca de ellos divisaron una puerta entreabierta.

Una voz salió por el hueco, colérica, estridente.

— ¿Cuándo vas a acabar de una vez tus malditos experimentos, Hans? Llevas años entreteniéndome y todavía no has conseguido nada...

— Querida, hago lo que puedo. Mi fórmula es buena y te mantiene con vida. Conserva la flexibilidad de tus miembros...

— ¿Qué me dices de mi cara? —chilló la mujer—. ¿Es que tus malditos potingues no pueden hacer nada?

Dan y la muchacha asomaron la cabeza. Al otro lado de la puerta había un lujoso dormitorio gótico, con un enorme dosel, protegido por gruesas cortinas de terciopelo rojo.

Kolb estaba inclinado sobre el lecho, en el que había una mujer de rostro lleno de arrugas. Dan calculó que no tenía menos de ciento veinte años de edad.

— Vamos, vamos, date prisa —dijo ella, impaciente.

Kolb preparó una inyección y aplicó la aguja a un brazo de sorprendente blancura. Ella se reclinó en los almohadones y sonrió feliz.

— Ya empiezo a sentirme mejor —dijo a los pocos momentos—. ¿Qué hay para comer, Hans?

— Llamaré a Benny. No sé qué tendrá preparado...

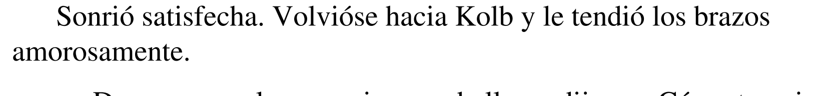
— Siempre serás igual de tonto — exclamó ella irritada —. Apártate, quiero levantarme.

Kolb retrocedió unos pasos. Ella saltó de la cama y quedó en pie unos instantes.

Dan creyó que los ojos se le salían de las órbitas. La mujer vestía un camisón casi transparente, que dejaba ver un cuerpo de formas perfectas. El contraste con el rostro arrugado era horripilante.

Ella se acercó a un tocador y se contempló en el espejo durante unos segundos. De repente sucedió algo que lleno de asombro y estupefacción a la pareja de intrusos.

Las arrugas empezaron a desaparecer. El pelo recobraba la vivacidad de su negro colorido primitivo. En pocos minutos, la cara de aquella mujer adquirió una belleza sorprendente.


Sonrió satisfecha. Volvióse hacia Kolb y le tendió los brazos amorosamente.

— De nuevo vuelvo a ser joven y bella — dijo—. ¡Cómo te quiero, mi vida!

Y le besó con singular frenesí, pero, a los pocos segundos, le rechazó con enojada brusquedad.

— ¿Cuánto durará mi belleza? —exclamó—. Dentro de una semana, dos a lo sumo, tendré otra vez el rostro como el de una vieja centenaria. ¿Es que no te sientes capaz de encontrar la fórmula definitiva?

— Irma, te ruego tengas paciencia — suplicó él —. Me ha costado más de dos años y medio devolver a tu cuerpo su esbeltez primitiva. Sólo llevamos unos meses ensayando la fórmula rejuvenecedora en tu cara. Los resultados no pueden ser más alentadores, creo.

— Pero también descorazonadores, Hans. No acabas de encontrar una fórmula que me conserve indefinidamente joven **y** bella.

— Ya tienes el cuerpo como lo tenías hace noventa años —contestó Kolb —. Yo no puedo hacer más y, créeme, trabajo como un negro...

— Está bien, está bien — dijo ella, acariciándole suavemente la cara—. Ahora iremos a cenar. Luego... —sonrió de un modo incitante—, premiaré tus esfuerzos, Hans querido.

Dan y la chica se miraron. Debían abandonar aquel lugar inmediatamente, si no querían ser sorprendidos.

Era tarde ya. Detrás de ellos, una voz dijo:

— ¿Por qué no pasan adentro y se enterarán mejor de lo que ocurre en el dormitorio?

La pareja se volvió. Delante de ellos había un hombre que sonreía de una manera sarcástica.

Estaba armado, observó Dan. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, el individuo levantó la pistola y lanzó un fuerte chorro de gas a la cara de ambos jóvenes.

Dan sintió un extraño ahogo. Todo dio vueltas a su alrededor.

A su lado, Joan emitió un leve grito. Ninguno de los dos se dio cuenta de que se derrumbaban al suelo, perdido por completo el conocimiento.

CAPÍTULO XIV

La consciencia retornó con lentitud a la mente de Dan.

Abrió los ojos. Poco a poco, fue captando detalles del lugar en que se hallaba.

Lo primero que advirtió fue que estaba medio tendido en un sillón parecido a una tumbona nada gótica. Quiso moverse y entonces notó que estaba sujeto al mueble por varias abrazaderas metálicas.

Volvió la cabeza. Joan se hallaba en idéntica situación a la suya.

Examinó la estancia. Era de techo relativamente bajo y de suave bóveda, con nervaduras de refuerzo en forma de estrella. Al fondo divisó una cortina de tela roja.

Habían sido narcotizados, no cabía la menor duda. Lo que sí cabía una interrogante era sobre el futuro que les aguardaba allí.

¿Iban a ser asesinados?

Joan suspiró en aquel momento. Abrió los ojos y miró a su alrededor.

— Estoy aquí — anunció Dan.

Ella irguió un poco la cabeza.

— Nos han atado — exclamó.

— Evidente, querida. ¿Se encuentra bien?

— Un poco mareada y noto algo de mal gusto en la boca.

— Las consecuencias lógicas del narcótico que nos aplicaron — aclaró Dan.

Ella se estremeció.

— Dan, ¿qué van a hacer con nosotros?

— Toda especulación resultaría inútil —contestó él —. No tenemos otro remedio que esperar.

— Kolb no estaba solo en el castillo — dijo Joan.

— En eso nos equivocamos todos, aunque, bien mirado, resulta natural. Por lo menos, ha de necesitar un ayudante, si no más.

— El hombre que nos atacó, ¿verdad?

— Sí, Joan.

Ella volvió a mirar a su alrededor.

— Dan, ¿qué hay al otro lado de la cortina? — inquirió.

El joven no tuvo tiempo de contestar.

Se oyó ruido de una llave al girar en la cerradura. Una puerta de madera, situada frente a ellos, se abrió en aquel instante.

Un hombre entró en la estancia. El doctor Kolb caminó unos cuantos pasos y se detuvo a corta distancia de los prisioneros.

Durante unos segundos, los contempló fijamente. Luego dijo:

—Bien, señorita, caballero, ¿tendrán la bondad de explicar los motivos de su intrusión en un lugar que les es completamente ajeno?

* * *

Hubo una corta pausa de silencio.

Kolb esperaba.

— Me llamo Dan Plutter —dijo el joven al cabo—. La señorita es Joan Funkel.

Kolb pegó un respingo.

— ¡Plutter! ¡Funkel! ¡Pero ustedes han muerto! — exclamó.

— Su esbirro Rhystland fue menos listo de lo que usted cree, doctor. Retrasé mi salida en ochenta segundos. El espía que tenía en mi astropuerto cayó en manos de mis amigos y le obligaron a anunciar el despegue a la hora programada. Por tanto, provocó la explosión de la bomba a más de tres mil kilómetros de distancia del lugar donde nos hallábamos.

— Ingenioso —admitió Kolb—. Es preciso reconocer que han llegado ustedes hasta aquí, salvando todos los obstáculos. Incluso el de la cúpula que proporciona presión al castillo.

Dan sonrió.

— Ese obstáculo puede franquearse sin dificultad, doctor.

Kolb enarcó las cejas.

— Explíquese — pidió secamente.

— Bien, no sé qué sustancia es la que compone la cúpula, pero basta lanzarse con fuerza contra ella, para atravesarla sin mayores dificultades. Como se regenera instantáneamente, la pérdida de aire resulta mínima, inapreciable.

— He ahí un ardid que no se me habría ocurrido a mí— admitió Kolb —. Bien, salvaron todos los obstáculos, menos el último.

— ¿Cuál, doctor? —preguntó Joan.

— El obstáculo que les impedirá la salida definitivamente.

Dan apretó los labios.

— ¿Quiere eso decir que va a retenernos aquí para siempre? —preguntó.

— El tiempo que sea necesario para mis experimentos. He trabajado hasta ahora con animales vivos, pero ahora podré operar con personas.

Joan se sintió espantada.

— ¿No... nos diseccionará vivos? —balbuceó.

Kolb se echó a reír.

— Mi querida señorita Funkel, no se ponga usted melodramática — contestó —. Mis experimentos se limitan a inyecciones que no causan dolor salvo el del pinchazo.

— Nos inyectará la droga misteriosa que petrificó en la Tierra a seis personas — dijo Dan.

— Algo hay de eso, aunque no resulta exacto tal como usted lo ha definido. Pero ya hablaremos a su tiempo del asunto. Mientras tanto, deberán permanecer aquí.

— ¿Atados a los sillones?

— Ya se les desatará más tarde. A propósito, señorita Funkel, yo recuerdo que usted tenía hace cuatro años un interés extraordinario en adquirir el asteroide.

— Es cierto. Perteneció a mi padre y a un amigo suyo. Desaparecieron y yo quería saber qué había sido de ellos.

— ¡Ah, conque era por eso! —murmuró Kolb—. Bien, en tal caso voy a disipar sus dudas definitivamente.

Kolb se acercó a la cortina roja y tiró de ella, descorriéndola a un lado.

Dos estatuas yacentes de bello granito cristalino aparecieron ante los ojos de los prisioneros. Ambas estatuas yacían sobre sendos pedestales del mismo material, ligeramente inclinados y elevados cosa de un metro del suelo.

En la cara frontal del pedestal, que correspondía a los pies de las estatuas, había sendas inscripciones. Joan las leyó e, inmediatamente, se escapó un agudo grito de su garganta.

— ¡Papá!



Kolb volvió a correr la cortina. Joan se sentía violentamente trastornada.

— Dos nuevos asesinatos — comentó Dan.

Kolb hizo un signo negativo.

— No — contradijo —. Me crea o no, estos hombres ya habían muerto y se encontraban en su actual estado cuando yo llegué por vez primera al asteroide, mucho antes de que apareciera en subasta.

— De modo que estuvo aquí antes,..

— Sí — confirmó el científico —. Buscaba un lugar ideal para mis experimentos y lo encontré. Lo que sucede es que entonces no pude establecerme aquí; hubiera tenido dificultades con la Comisión. Debí esperar tiempo hasta que el asteroide se declaró libre.

Dan lanzó una mirada hacia la cortina.

— Pero ¿cómo pudieron esos dos desdichados...?

— En determinado punto del asteroide, hay una caverna muy profunda, en la que existe un lago de agua con elevada proporción de sílice y otros minerales. En el agua existe una sustancia desconocida, que no he logrado identificar todavía, la cual, entre otras cosas, produce una curiosa reacción térmica, que mantiene esa cueva en una temperatura ligeramente superior al cero de la escala centígrada. Por tanto, el lago no se congela jamás.

— Pero el agua debería escaparse al espacio...

Kolb sonrió.

— Da la casualidad de que el lago, más bien un vasto estanque, se halla justamente en el centro de gravedad del asteroide. Por tanto, el líquido, debiendo escapar por todas partes, no escapa por ninguna; a fin de cuentas, existe aquí un mínimo de gravedad. Por otra parte, el acceso que conduce al lago es bastante largo y la evaporación forma hielo que lo cierra por sí mismo. Si se rompe esa barrera para llegar hasta el lago, a las pocas horas se ha formado de nuevo.

— ¿Y bien? —preguntó Dan.

— Funk y González, calculo, debieron de encontrarse en cierta ocasión escasos de agua. Encontraron ese estanque y utilizaron su contenido como cualquiera lo habría hecho. El resultado fue que la sílice invadió sus cuerpos y los convirtió en sendas estatuas de granito.

— De modo que el agua produce la reacción petrificante.

— Las sustancias contenidas en su interior, mejor dicho — puntualizó el doctor Kolb.

Dan volvió los ojos hacia la muchacha. Joan parecía resignada ya a su suerte.

— Bien, pero todavía no me ha explicado qué hace usted aquí — dijo el joven.

— Realizo experimentos en pro del alargamiento de la vida humana y de la conservación del cuerpo en sus mejores condiciones físicas. Hasta ahora he obtenido buenos resultados.

— No con el rostro de esa vieja —exclamó Joan.

— Hay algo que falla, en efecto —admitió Kolb, impasible—. Pero acabaré por encontrarlo, créanme. Tendrían que haber visto el cuerpo de Irma hace tan sólo algunos años.

— ¿Y ella es... la que sufraga los gastos?

Kolb se echó a reír.

— ¡Oh, no! —contestó—. Bueno, lo hizo en un tiempo, pero su capital se agotó. Yo encontré también el medio de continuar financiando los cuantiosos gastos que .ocasiona la estancia en el asteroide.

— Hay algo que no entiendo —manifestó Dan— ¿Cómo diablos se les ocurrió construir el castillo?

— Eso es cosa de Irma—dijo el científico. Ella quiere, cuando su belleza sea inextinguible, residir aquí permanentemente y, como una castellana del espacio, recibir a sus amistades, dar grandes y suntuosas fiestas… en fin, lo que las señoras encopetadas de otros siglos solían hacer. —Kolb se llevó un dedo a la sien con gesto significativo—. Está un poco así, pero es buena chica

— Buena chica resopló Joan—, y tiene más de cien años.

— No lo parece, ¿Verdad? —contestó Kolb riendo. Agitó una mano—: Les veré en otro momento; ahora tengo que hacer. Hasta luego.

CAPÍTULO XV

Dan y la muchacha quedaron solos. Joan se abatió unos momentos y lloró un poco, pero logró rehacerse en seguida.

— Dan, ¿es posible que existan seres de esta clase? — preguntó.

— No estamos soñando, luego existen —contestó el joven.

— Y esa Irma... tiene que estar mucho más loca de lo que dice el doctor Kolb.

— En todo caso, su locura se circunscribe a un solo punto: su mitomanía, su afán de crear aquí una especie de corte, con adoradores y cortesanos y sirvientes. Claro que lo hará cuando esté segura de que su rostro haya recuperado definitivamente su primitiva belleza.

— Un castillo en el espacio —musitó Joan—. La idea no es mala, según como se mire, claro.

— Oh, tendría visitantes, créame. No faltarían curiosos ni tampoco tipos amantes de vivir a costillas ajenas. Sí, el castillo se llenaría de gente e Irma se consideraría como una reina sobre todos sus huéspedes.

— Pero eso comportaría un gasto considerable...

— Tienen oro, lo sacan de alguna parte. No sería problema para ellos, Joan.

— En cambio, nosotros tenemos el problema de evitar nos conviertan en estatuas de granito, Dan.

Aquellas palabras volvieron al joven a la realidad. Hizo esfuerzos por soltarse de sus abrazaderas, pero todo fue inútil.

— Son demasiado fuertes — masculló.

Pasaron algunos minutos en silencio. De pronto, Joan dijo:

— Dan, yo me pregunto cómo pueden mantener aquí la gravedad artificial y la cúpula que protege al castillo.

— Oh, eso no es difícil. Costoso, tal vez, pero ya sabe que no es problema para esta gente. Una buena central energética y los aparatos adecuados lo resuelven todo.

— ¿Y el oxígeno?

— Lo extraen de las rocas, como el agua. Tampoco es problema.

— Puede que para eso sirva aquella máquina que diseñó Aldo Guissani —

apuntó Joan.

— Es probable, pero, en todo caso, la parte científica denota una notabilísima imaginación y, por supuesto, competencia técnica por parte de Kolb. — Dan se volvió hacia la muchacha—. Joan, siento lo de su padre — manifestó apesadumbrado.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

— A decir verdad, no abrigaba grandes esperanzas — contestó—. Mi verdadero interés estribaba en conocer su suerte...

Joan se interrumpió de pronto, mirándose maravillada la mano derecha a la altura de sus ojos.

— ¡Dan! ¡Me he soltado! —exclamó.

* * *

El joven volvió la cabeza. Joan movió el brazo izquierdo y lo sacó de la argolla.

— Son demasiado anchas para mí —dijo ella, maravillada.

— Joan —indicó Dan excitadamente—, debe de haber algún resorte por los laterales del mueble. Trate de encontrarlo, se lo ruego.

Todavía quedaban tres abrazaderas, dos para los tobillos y una para la cintura. Joan movió las manos a lo largo de los costados de la tumbona, hasta que rozó una ligera protuberancia que presionó de inmediato.

Casi llorando de alegría, Joan saltó del mueble y corrió hacia Dan. Segundos más tarde, el joven quedaba igualmente libre.

— Bueno, éste es un paso importante para alcanzar nuestra libertad.

Joan volvió los ojos hacia la entrada.

— ¿Qué me dice de la puerta? —preguntó.

Dan se acercó a la puerta y probó de abrir, pero sin resultado.

— Carecemos de herramientas..., pero tenemos una solución, Joan dijo.

— ¿Cuál?

— Esperar a que venga el doctor. Él tiene la llave.

— Pero nos verá libres...

— Le engañaremos. Venga aquí, Joan.

Dan se acercó a las tumbonas y dio ciertas instrucciones a la muchacha.

Ella asintió con ojos brillantes de excitación.

— Sí, es la mejor idea — concordó cuando él hubo terminado de hablar.

— Pero tendremos que esperar a que venga Kolb — dijo Dan.

— Eso no importa. Ahora ya tenemos la esperanza de salir de aquí — respondió Joan, invadida por un sentimiento de confianza en el futuro.

* * *

La puerta se abrió. Kolb entró con una bandeja en las manos.

— Hola —saludó afablemente—. ¿Cómo se encuentran?

— Atados, creo yo. ¿Verdad, Joan? —respondió el joven.

— Si no me equivoco... —dijo ella con sorna—. ¿Qué trae ahí, doctor?

— La primera inyección de prueba. Oh, ahora no sentirán nada ni tampoco en muchas semanas; pero se trata de unas pruebas aceleradas y ello me permitirá establecer conclusiones para la fórmula definitiva.

— Usted debe de querer mucho a Irma, ¿no? — dijo Joan.

Los ojos de Kolb centellearon.

— No diga tonterías —contestó de mal talante.

Dan sonrió. Kolb estaba loco por aquella mujer que envejecía y rejuvenecía alternativamente.

El científico había dejado la bandeja sobre una mesa y estaba preparando los instrumentos. Dan volvió a hablar:

— Doctor, me gustaría saber qué es lo que hicieron cinco hombres en el más completo secreto, abajo, en lo más hondo del castillo.

— Oh, en ese lugar está la máquina extractora del oro.

— ¿Qué? —respingó el joven.

— Como lo oye. La proporción de oro, bien mirado, no es muy elevada en el asteroide, pero una máquina especial, diseñada por mí y construida bajo mi supervisión, extrae el mineral finísimamente pulverizado y separa las partículas de la ganga, dejando separado el oro, que luego fundimos en lingotes. ¿Satisfecho?

— Del todo, no, porque todavía no sé qué les pasó a esos cinco hombres y al arquitecto. Se convirtieron en granito.

Kolb sonrió.

— Ensayé con ellos la misma fórmula acelerada que ahora voy a probar en ustedes. Sabía que un día u otro se produciría un digamos estallido molecular, que provocaría la aparición repentina de la sílice estabilizada en su organismo. La sílice conserva muy bien el cuerpo humano, ¿comprende?

— Es decir, que después de esta inyección, nosotros estamos expuestos...

— Oh —dijo Kolb—, aquellos hombres recibieron un tratamiento que duró casi año y medio, más el tiempo que lo siguieron en la Tierra. No será cuestión de un día, créanme.

— Y luego extraerá de nuestros cuerpos las sustancias necesarias para rejuvenecer a Irma.

— Así es —confirmó Kolb—. Serán como una especie de anticuerpos que mantendrán su figura en una perenne juventud.

— Y con oro en abundancia y una hermosa mujer al lado, ¿qué más se puede pedir? —dijo Dan con soma.

El científico terminó de preparar las jeringuillas. Probó una y se acercó a Dan.

Durante unos instantes, Kolb centró en el joven toda su atención. Joan sacó la mano derecha, presionó el resorte y las abrazaderas cedieron.

Se oyeron algunos chasquidos. Kolb levantó la cabeza, vivamente alarmado.

— ¡Eh...!

Pero Joan, siguiendo las instrucciones de Dan, se le echaba ya encima. Sus manos chocaron contra el pecho de Kolb, quien cayó de espaldas, lanzando un agudo grito de rabia.

La jeringuilla se hizo pedazos. Joan se inclinó y apretó el resorte de apertura del lecho donde yacía Dan, quien se levantó de inmediato.

Kolb se incorporaba en aquel instante. Dan le golpeó en el estómago, dejándolo sentado en el suelo, sollozando de rabia impotente.

Acto seguido, agarró la bandeja y la estrelló contra el suelo. La otra jeringuilla y dos o tres frascos más, se rompieron en mil pedazos.

— ¡Vamos, Joan!—gritó.

Asidos de la mano, corrieron hacia la puerta. Kolb luchaba por reaccionar y levantarse.

* * *

Dan y la chica llegaron al vestíbulo.

— ¡Silencio! —murmuró él.

Había una puerta entreabierta. Oyeron voces.

— Cuidado, Emil —dijo Irma.

— ¡Bah! Kolb está abajo, en los sótanos, son los prisioneros. No hay temor alguno, querida.

Dan miró a la muchacha. Ella asintió.

Kolb estaba siendo engañado. Probablemente lo había sido desde el principio.

Se acercaron a la puerta. Irma y el llamado Emil estaban fuertemente abrazados.

— ¿Me quieres, Emil? — preguntó ella.

— Más que a mi vida...

— Eso lo dices ahora, cuando tengo la cara como cuando era joven. En cuanto vuelven las arrugas, ni me miras.

— Bueno, es que tienes que hacerte cargo. Entonces no estás muy atractiva que digamos. Pero Kolb encontrará un día la fórmula que te deje para siempre tal como estás ahora.

— A veces lo dudo —dijo Irma, desanimada.

— Ha conseguido resultados maravillosos estos años. Recuerda cómo viniste y cómo te encuentras ahora...

Eso es verdad —sonrió ella—. Todo consiste en tener un poco más de paciencia y, ¿qué importan un par de años más, cuando nos esperan cien de juventud?

— ¿Lo ves? Tú misma estás convencida de que...

¡Aaaatchis!

Irma y Emil se sobresaltaron. Joan se quedó consternada. Aquel inoportuno estornudo...

Emil saltó hacia la puerta y terminó de abrirla. En la mano tenía una pistola.

— ¡Levanten las manos! — aulló.

— ¡Se han escapado! —gritó Irma—. ¿Qué ha sido del doctor?

— Está bien, no se preocupen — contestó Dan serenamente.

Los ojos de Emil centellearon.

— Voy a matarles...

— ¡No! —prohibió Irma—. Kolb los necesita.

— Y usted necesita a Emil —sonrió Dan.

— ¿Lo oyes? —gritó el hombre—, ¡Han oído todo! ¡No puedo dejarles que vivan, Irma!

Ella vaciló.

— Pero...

La mano de Emil se crispó sobre el arma que empuñaba. En aquel momento se oyó una voz.

— ¡Quieto, Emil!

Era el doctor Kolb. Por encima del hombro, Dan dijo:

— Va a matarnos, doctor. No quiere que le digamos que Irma le engaña con él. A fin de cuentas, Emil es mucho más joven y apuesto.

Se oyó un grito de rabia. Dan intuyó lo que iba a suceder y se agachó.

Una onda de intolerable calor pasó por encima de su hombro. La descarga eléctrica alcanzó de lleno a Kolb, situado directamente tras el joven, y lo carbonizó en el acto.

Irma exhaló un agudísimo chillido.

— ¡Lo has matado! ¡Has destruido mis posibilidades de ser joven eternamente...!

Emil parecía aturdido. Dan se aprestó a lanzarse sobre él, pero en aquel momento, Irma, enloquecida, saltó sobre Emil y le quitó la pistola.

— ¡Maldito imbécil! — gritó—. ¿Cómo podrías comprender que lo único que quería es mi belleza y mi juventud?

Fuera de sí, Irma apretó el gatillo. Emil se convirtió instantáneamente en un hediondo puñado de carbón.

Los ojos de Irma ardían como brasas. Dan saltó hacia ella y golpeó con fuerza sus manos.

La pistola voló por los aires. Dan intentó sujetar a la mujer, pero ella, enloquecida, parecía tener las fuerzas de un gigante y lo rechazó a empellones.

Luego echó a correr. Sus gritos resonaban espantosamente por el castillo.

— ¡Ha perdido el juicio! —exclamó Joan, aterrada.

Irma corrió hacia la entrada principal.

La puerta se abrió y el rastrillo subió, mientras el puente levadizo descendía. Dada la anchura del foso, el puente tenía unos suplementos que se desplegaban telescópicamente.

Dan reaccionó y corrió tras Irma. Temía que se arrojase a las aguas del foso.

De repente la vieron detenerse un instante. Su impulso, sin embargo, era demasiado fuerte, y atravesó la cúpula.

Hubo un chorro de vapor blanquecino. Al otro lado, en el vacío, una figura humana estalló literalmente.

Dan meneó la cabeza.

— Fue una versión invertida del mito del doctor Fausto — dijo.

— Todos habían hecho alianza con el diablo —murmuró Joan.

Miró a Joan. La muchacha empezaba a recobrarse.

— Cuando te encuentres mejor — dijo —, hablaremos de un pacto que he de proponerte.

Ella esbozó una sonrisa.

— Te escucharé con suma atención — contestó, entregándole una mano.

Sería un pacto limpio, sin dobleces ni engaños. Un pacto que duraría mientras viviesen.

F I N